

CLARA EISMAN PATÓN

AUTORA- LIBRO- TITULO

EN UN LUGAR DE MI ALMA- 1987

ESTÁ PROHIBIDA LA COPIA DE ESTE LIBRO.

EL JARDÍN DE JESÚS Y SUS OBREROS-1987.

Aquel lugar era hermoso, un jardín grande de rosales. Las rosas eran de muchos colores, mirándolas todas juntas hacían un conjunto armónico. Al otro lado del jardín estaban los tallos largos de los gladiolos, de colores delicados y encantadores. En otro lado las azucenas con su belleza inconfundible de un color blanco inmaculado y de un amarillo dorado como el sol radiante. Los lirios de color violeta embellecían todo aquel jardín. Las flores que había eran muchas, es imposible detallar una por una.

Los árboles majestuosos embellecían con su presencia el jardín dando placer a los ojos que los miraba. A su alrededor crecían amapolas de un color rojo pasión que daba paz y serenidad. Las malvas y pensamientos estaban a lo largo del camino para llegar al jardín. Flores salvajes corrían por el campo como un manto extendido en la

hierba. Era imposible calcular lo grande, largo y ancho del jardín. Nadie podía entrar dentro a excepto de los obreros y obreras que lo mantenía. Tenía una puerta color esmeralda que sólo podían ver los obreros que trabajaban dentro.

Un rio atravesaba el jardín y abastecía toda la vegetación que lo habitaba. Dentro entraban los rayos de sol cada día al amanecer.

El camino o sendero que había era muy largo, llegaba hasta el desierto, lo atravesaba el rio ancho y profundo. En este lugar vivía un hombre joven, y al otro lado del rio, vivía yo.

Cada día veía yo a este hombre joven, cada mañana se sentaba en un trozo de roca, miraba al infinito, de esa manera se quedaba toda la mañana. Yo lo observaba y decía.

-¡Pobre, qué solo vive y sin una flor cerca de él!.

Me hubiese gustado y ese era mi deseo, haber pasado al otro lado del rio para hablar con él y hacerle compañía, pero era imposible, el rio era muy profundo, había mucha separación entre él

y yo. Me chocaba el modo en que vestía, cada día llevaba la misma ropa, era una túnica color caña, cabello largo, alto de estatura y bien proporcionado.

Era una mañana, el sol estaba saliendo. Yo cómo cada día me levantaba a esa hora, me acerqué a la orilla del río y miré para ver al joven que vivía sólo. Mi sorpresa fue grande al observar que ese día no estaba, me puse triste, me trasladé río arriba y abajo buscándolo. Al rato vi que venía por un camino ancho, avanzaba con paso lento, suave y relajado. Yo lo miraba, de lejos parecía más alto. Al llegar frente a mí entró en su cabaña hecha de caña de bambú. Yo me moría de curiosidad por saber quién era ese hombre joven y apuesto.

En ese lugar dónde él vivía y yo también, era alto estaba entre montañas rocosas, pero yo tenía acceso a ir al gran jardín lleno de luz y de belleza.

Yo vivía en esas tierras con mis padres y dos hermanos más pequeños, yo había nacido allí, mis padres eran agricultores, vivíamos de lo que nos

daba la tierra. No sé si mi familia había advertido el vecino que teníamos, trabajaban mucho, no tenían tiempo en fijarse de quién vivía frente a nosotros. Era yo quién se ocupaba de todas las cosas de la casa. Yo tenía dieciocho años, mis dos hermanos estaban por debajo de mí, iban todos los días al campo con mis padres. La vida qué teníamos era monótona pero de mucho esfuerzo.

Un día sin que me diera cuenta, este hombre joven apareció en la parte de enfrente del río, cuando lo descubrí tenía su cabaña hecha. Desde ese primer día yo vigilaba todo lo que hacía, me gustaba mucho, estaba enamorada de él. Me daba vergüenza de decírselo a mi madre, ella era una mujer muy reservada. Nadie de mi familia sabía que yo pasaba ratos fuera de casa observando lo que él hacía. Las cabras había que ordeñarlas y hacer queso, muchas veces me olvidaba de esta labor por estar pendiente de él. Mis padres no me decían nada, cuando ellos venían del campo, nos poníamos todos hacerlo.

Mi manera de ser había cambiado con la llegada

de este vecino, mi carácter no era el mismo. Mis deseos eran conocer al hombre que vivía al otro lado del río. Lo deseaba con toda mi alma y no sabía cómo hacerlo, pensaba de mil maneras poder llegar hasta él. Nadie que yo supiera había podido pasar al otro lado del río, el agua que bajaba era muy abundante y la corriente muy fuerte, podía llevarse mucha gente experta en natación, río abajo.

Otro día vi que venía él por otro lado del desierto. Sentí en mi corazón un flechazo, hubiera dado todo lo que tenía y era muy poco por saber de dónde venía. Era guapo, todo lo que yo diga es poco, andaba con mucha elegancia, su porte era el de un rey pero un rey del universo. Mis deseos ardían dentro de mi pecho por saber quién era, por saber de dónde venía y por qué vivía sólo en el desierto en una cabaña pequeña. ¡Me dolía el corazón de sólo pensar en él!. Me di cuenta que por mis mejillas caían lágrimas, estaba llorando, todo era por el amor que sentía hacia él.

Oí la voz de mi madre que me llamaba, desperté

de mi sueño de amor, me di la vuelta al tiempo que quitaba las lágrimas con mis manos. Al llegar dónde ella estaba , me dijo.

-¡Vera! mantente lejos del rio, estabas muy cerca, ya sabes lo peligroso que es.

A proveché para preguntarle.

-Madre ¿Has visto al vecino que tenemos enfrente?.

-Sí, me he dado cuenta, hace poco que ha llegado, es un hombre solitario, por lo que se ve, ha decidido vivir en el desierto.

Mi madre me recordó.

-¿Has visto la hora que es? Todavía tienes que ordeñar las cabras.

-Lo sé madre, ahora voy.

Me fui para el establo, uno de mis hermanos estaba ordeñando una cabra. Yo cogí otra y entre los dos pronto acabamos de ordeñarlas a todas.

Ese mismo día por la tarde a la caída de sol, fui

a sentarme a la orilla del río. Me entusiasmaba ver a él entrar y salir de su cabaña. Yo pensaba-¿Qué clase de vivienda tendrá dentro? ¡Cuánto hubiese dado por llegar hasta allí y entrar en su humilde morada! Hablar con él y preguntarle muchas cosas que me rondaban por la cabeza.

Se me ocurrió escribirle una nota, envuelta en una piedra y tirarla al otro lado del río para que la leyera. Tal como lo pensé lo hice, en la nota le decía – Di me cómo es tu nombre y de dónde vienes, quiero conocerte, espero tu respuesta.

La hoja de papel la envolví en una piedra pesada, con mi mano derecha la lancé con fuerza al otro lado del río, tenía miedo que cayera al agua, pero no fue así, cayó al otro lado.

Mientras tanto yo esperaba a que él lo viera. No sabía si estaba dentro de su cabaña, esa tarde no lo había visto. Llegó la noche sin que tuviera ningún resultado. Uno de mis hermanos me llamó para la cena. Yo no me daba cuenta que vigilaba todo lo que hacía. Mis padres y mis hermanos comentaban el comportamiento tan raro que yo tenía, estaba ausente en todo. Al día siguiente de este suceso, mi hermano me preguntó.

-¿Por qué has tirado al otro lado del río una nota envuelta en una piedra?.

-¡No digas nada a nu estros padres! ¿Me lo prometes?.

-si.

Había pasado ocho días de lo sucedido sin que tuviera respuesta de la nota que le mandé. Volví de nuevo hacer lo mismo, escribí otra segunda nota y la tiré del mismo modo que la primera.

Todas las mañanas a la salida del sol esperaba sentada a la orilla del río. Estaba muy enamorada de ese hombre joven, misterioso y solitario. Yo pensaba - ¡Cuando vea la nota escrita, se va a reír de mí y pensará que estoy loca! Era yo la que quiso emprender una relación con ese hombre misterioso ¡Me atraía mucho, más de lo que yo pudiera imaginar! ¡ Lo mío era amor!. En mi casa vi mucho, mis padres se amaban de verdad, no podía pasar el uno sin el otro.

Había pasado tras días desde que le tiré la segunda nota. Era por la mañana, vi que él venía

por el camino como de costumbre, con paso lento y silencioso. Al llegar a la puerta de su cabaña, me miró y me saludó con la mano. Mi corazón saltaba de alegría, la sangre corría por mi cuerpo. Yo respondí a su saludo varias veces agitando mis brazos. Se iba acercando a la orilla del río, el agua le salpicaba en la túnica que vestía. Le hice un gesto con las manos para que tuviera cuidado. Él me sonrió y asintió. En un instante pensé - ¡Dios mío, se va a caer al agua! Yo sabía que todo lo que estaba haciendo era por mí. Al instante y sin que me diera cuenta, estaba a mi lado, no vi de qué manera pudo cruzar el río.

Al tenerlo cerca, pude comprobar que su belleza era grandiosa y única. Yo lo miraba a los ojos, los tenía azul cielo cómo los míos pero los suyos más bellos. Me fijé en sus manos, las tenía finas y bellas.

Los dos nos mirábamos a los ojos. Yo sabía que lo amaba, lo amaba más que a otra cosa.

Guardaba una sonrisa en su dulce boca.

-¿Me has preguntado cómo me llamo?- dijo él- Mi nombre es Salvador. ¿Y de dónde vengo? De todos los sitios. ¿Me querías conocer? Ya estoy delante de

ti. Se han cumplido tus tres deseos. Ahora también yo quiero preguntarte. ¿Cómo es tu nombre y por qué me querías conocer?.

Yo le dije con voz pausada y tímida.

-Me llamo Vera. Quería conocerte por que te amo, no puedo sacarte de mi corazón ni de mi mente.

En ese instante, mi madre salió de la casa y nos vio hablando, ella se acercó a nosotros, estaba muy interesada por hacerle a él una pregunta.

-¿Cómo ha hecho para cruzar el rio?.

Salvador que sí era su nombre, respondió.

-Estoy acostumbrado a andar por caminos más difíciles.

Mi madre lo miraba muy extrañada, observaba la manera que vestía, se fijaba en sus cabellos dorados y largos por debajo de los hombros.

Mi madre lo invitó.

-Entra en casa y comparte el desayuno con nosotros.

Él accedió y entramos los tres juntos.

Mi madre le dejó el mejor sitio que había en la mesa para que se sentara.

Desayunamos lo mismo de cada día, leche caliente de cabra, pan y miel.

Después de desayunar hablé con mi madre aparte, le dije.

-Estoy enamorada de Salvador, ya se lo he dicho.

-Es un hombre muy guapo, también yo lo estoy de él. Creo que cualquier mujer lo estaría- dijo mi madre.

Mi madre al decir esto, se dio cuenta y se tapó la boca con la mano, se quedó mirando a mi padre, sintió vergüenza de que él la hubiera oído.

Las dos estábamos enamoradas del mismo hombre, pero ninguna de las dos sentíamos celos. Lo nuestro era muy bello y hermoso, era mágico.

-Hija ¿ No te parece extraño la manera que ha tenido de cruzar el río y sin mojarse?- dijo mi madre.

-Madre, no he visto la manera que lo ha hecho, todo ha sido cuestión de segundos- dije.

Las dos lo mirábamos mientras que hablaba con mi padre. Lo mirábamos de la cabeza a los pies, su elegancia era fuera de lo común, yo estaba segura que no pertenecía a este mundo, y me hice la pregunta - ¿Qué hace viviendo en la tierra?. En ese instante de yo pensar en esto, él se dio la vuelta, me miró y sonrió. Me quedé perpleja ¿Cómo era posible que supiera lo que yo había pensado unos segundos antes? ¡Me miró con una ternura estremecedora! ¡Todos los órganos de mi cuerpo sentí como giraban y cómo se ponía todo en movimiento!.

Mi madre y yo, teníamos el oído puesto en lo que hablaba con mi padre. Su voz era suave y aterciopelada, parecía que en cada palabra dejara una nota musical.

Mi cabeza estaba flotando, todo me parecía un sueño. Vi que mi padre y él salían fuera de la casa para reunirse con mi madre y conmigo que estábamos fuera hablando cosas bonitas de él.

-Tengo que irme- dijo.

Yo le supliqué.

-¡Quédate todo el día con nosotros!.

El me miró a los ojos, yo vi en sus pupilas mucha gente que corría desesperados con muchos problemas unos y, otros con enfermedades del cuerpo y del espíritu.

Él respondió.

-Vera, mucha gente me está esperando, muchos son los que me necesitan y gritan mi nombre. Hoy estoy aquí, mañana en otro lugar y pasado en otro, así es mi caminar por la vida de los mortales.

Yo no comprendí qué quiso decirme.

-¿Tienes esposa?- le pregunte.

-Sí, Vera, tengo muchas esposas que me esperan cada día. Ellas me aman igual que tú, yo a todas les soy fiel.

Al decirme esto me puse triste.

-¿Cómo puedes ser fiel a tantas mujeres? ¡Es imposible! ¡Sólo se debe tener una esposa! ¿Por qué tú tienes tantas?.

-Porque todas ellas me aman- dijo sin malicia.

-Yo también te amo, y no comparto el amor que siento por ti con otra mujer- dije.

-Sí lo compartirás, por la razón, que yo soy fiel a todas.

Sentí celos y rabia.

-No puedo entenderte- dije- No consigo hacerlo. Si yo fuera tu esposa, no dejaría que otra mujer se acercara a ti y que te amara cómo yo te amo. Mi corazón está llorando con solo pensarlo.

Salvador cogió mi nuca con su mano y me dio un beso en la frente, luego dijo.

-No me mires como a un hombre, no lo soy. El amor que vive dentro de mí, supera el amor que pueden dar muchos hombres juntos, es por eso que te has enamorado de mí y me amas desde el primer día que me viste. No estás enamorada del hombre que va conmigo, si no del amor que me acompaña, este amor, ningún hombre lo lleva encima, sólo yo.

Por más que lo quería comprender no podía, y cambiando de conversación le dije.

-Todos los días te vio venir por un camino ancho
¿De dónde vienes?.

Él sabía que yo había cambiado de tema porque no lo entendía, me sonrió y luego dijo.

-Vengo de mi jardín, está muy bien conservado, su belleza no tiene límites.

Extrañada por lo que dijo le respondí.

-Al otro lado del río donde tú vives, es desierto, por allí no crecen los árboles, ni las plantas y aún menos las flores.

Salvador me miraba y sonreía.

-En ese lugar dónde tú dices, al final del camino está mi jardín. Ven conmigo, quiero enseñártelo.

-No puedo bajar por donde tú dices- dije negando- Incluso no me explico cómo has podido pasar el río.

-Déjame que te lleve conmigo, no vas a tener que andar y te enseñaré mi jardín.

Me impresionó al oírlo decir eso, creo que me asusté y retrocedí unos pasos.

Mi madre y mi padre nos oían hablar. Él se dio la vuelta y dijo.

-Llevo a Vera a dar un paseo, pronto estará aquí de vuelta.

Mis padres asintieron.

Él y yo íbamos cogidos de la mano andando hacía el río. Al llegar a la orilla, él con su brazo me cogió por la cintura y creo que íbamos volando, de esa manera llegamos a la otra orilla. Cuando me dejó en el suelo, yo miré en dirección a mi casa. Estaban mis padres asombrados de ver el vuelo que él había hecho conmigo. Yo les mandé un saludo con la mano para que vieran que estaba bien.

Salvador me dijo.

-Antes que vayamos a que te muestre mi jardín, quiero que entres en mi cabaña y veas como es.

Me sorprendí al ver que la cabaña estaba vacía, no tenía ni una silla para sentarse. El suelo era de tierra rojiza y el conjunto de la cabaña de bambú. Dentro tenía la forma de triángulo al igual que por

Fuera. Yo al ver que no había nada dentro, le pregunte.

-¿Dónde duermes?.

-Duermo en mí mismo, me alimento también de mí. Yo creé el amor que va conmigo, bebo de mis fuentes de agua cristalina.

Yo sabía que Salvador no era cómo las demás personas, le pregunté.

-¿Dónde están tus padres?.

-Ellos viven conmigo- dijo.

-¿Dónde?- pregunté.

-Los tres somos el mismo.

-No te entiendo, eso es muy fuerte para mi pobre mente- dije.

De pronto sentí mucha timidez, la vista la tenía mirando al suelo de tierra rojiza. Él con su mano levantó mi barbilla para que lo mirara y dijo.

-No sientas vergüenza por amarme cómo si fuera un hombre. En un ser humano es lo más lógico que

puede haber y que le suceda. También yo estoy enamorado de ti, es por esa razón que estoy a tu lado.

Yo empezaba a entenderlo.

-Quiero amarte siempre- le dije con lágrimas en los ojos- Ahora comprendo quién son tus esposas y deseo ser una de ellas. Dime que tengo que hacer cuando tú te vayas, porque sé que pronto te irás. Has venido para que yo te conozca y sepa quién eres. Dentro de poco no te veré más y sólo me quedará tu recuerdo.

-Siempre que me llames yo vendré y estaré a tu lado cómo esposo tuyo que soy- dijo- Siempre te amaré porque yo soy amor.

Yo me sentía la mujer más afortunada de la tierra.

Después siguió diciendo.

-Ahora vamos para que te enseñe mi jardín.

Él me cogió de la mano, su contacto era suave

cómo la seda. Íbamos andando por el camino ancho a paso lento, yo le pregunte.

-Me has dicho que tu nombre es Salvado ¿Por qué mi madre cuando nos habla del hijo de dios dice que se llama Jesús?.

Sonrió al tiempo que me apretaba la mano.

-Mi amada Vera, es cierto que mi nombre también es Jesús, Salvador y Emanuel, me conocen por esos los tres nombres, te he dicho que me llamo Salvador, porque me estás buscando y soy el Salvado para todos los que me buscan.

Yo iba andando a la par de él, le tenía su mano fuertemente cogida. Me sentía feliz y alegre cómo jamás lo había estado, ¡Estaba enamorada de Jesús o de Salvador, era lo mismo!.

Yo pensaba en el amor que sentía por mis padres y hermanos, no era el mismo que estaba sintiendo en aquellos instantes. El amor de Jesús no se podía comparar con otro, era imposible.

Llevábamos andando un largo trecho, me di la

vuelta para ver la casa de mis padres, no la vi, se había quedado atrás.

Por dónde íbamos todo era desierto, rocoso y arenoso color rojizo. El río quedaba a nuestra derecha. A lo lejos vi una cúpula color amarillo dorado, era inmensamente grande, al llegar Salvador dijo.

-¡Aquí está mi jardín!

Había una puerta color verde esmeralda, echaba reflejos luminosos cómo la piedra preciosa. Salvador empujó con la mano y la puerta se abrió, entramos.

Había una vereda de césped, la fuimos pasando. Yo ensimismada iba mirando por todo mi alrededor, estaba dentro de un jardín encantado, de algo tan maravilloso que es difícil de explicar.

Llegamos al centro de ese bello edén, árboles, plantas y flores lo cubría todo, sería largo de explicar. Miré el rostro de Salvador, no dejaba de sonreír, miraba lo feliz que yo era, estaba cómo encantada ante tal belleza.

-¡Admira bien este jardín!- Dijo Salvador- Igualmente puede crecer dentro de ti. La belleza interna es mi jardín, hay que regarlo a diario y cultivar cada árbol, cada planta y cada flor con acciones bonitas y pensamientos positivos.

Me fijé en cuatro canales que se cruzaba el jardín, pregunte a Salvador.

-¿Qué son estos canales?.

-Es la orientación del universo. Uno es el norte, otro el sur, este y oeste. Uno es el frío, otro calor, otro agua y el otro viento. Invierno, primavera, verano y otoño. Estos cuatro elementos son imprescindibles para que no falte de nada en la tierra ni en ningún otro planeta del universo. Esta orientación está dentro del ser humano, cada uno ha nacido con el entendimiento de saber si lo que ha hecho estaba bien o mal. Todo el que diga que no sabía si hacía mal en alguna cosa, no está diciendo la verdad. Todo ser humano que actúa en contra de su conciencia, lo sabe y lo caya.

Yo estaba sorprendida y pregunté a Salvador.

-¿Por qué está todo hecho de esta manera?.

-Por la razón que el ser humano está hecho con trozos del universo, todos sois chispas divinas.

El cerebro de un humano, puede crear grandezas y también puede destruir todo lo que esté a su alcance, la mente es la gran energía universal.

La mente de un humano cuando nace del vientre de su madre, si ha nacido para crear cosas hermosas, se comunica con el planeta de los dioses. Ellos los van instruyendo desde que son muy pequeños y los vigilan para que su niñez sea rica en sabiduría y nadie pueda hacerles daño.

Salvador hizo una pausa, yo pregunte.

-¿Tengo yo una misión aquí en la tierra?.

-Por supuesto mi amada Vera, tienes una y todo ser humano también la tiene, pero cuando piensan en los sacrificios que tienen que hacer, se echan atrás, no quieren responsabilidades. Cuando su espíritu deja la tierra, se va sin saber nada, ni siquiera saben por qué han nacido. Todo es por falta de responsabilidad, el universo no puede hacer

nada para que sea de otra manera, puesto que cada uno nace con libre albedrió.

Yo quería saber más y pregunte.

-¿Cómo puedo hacer para escribir lo más bello de ti y de tu reino?.

-No corras para hacerlo, el día que esté preparada, el planeta de los dioses te van a dirigir, en tu mente habrán muchas direcciones que tienes que seguir, elige una. Cuando empieces a escribir, no serás tú quién lo está haciendo. Un dios de ese planeta ya se encarga de hacerlo, tú sólo tienes que prestar tu mano.

Salvador me llevaba por sitios maravillosos, nos paramos delante de muchos rosales, las rosas eran de varios colores. Salvador o Jesús que es el mismo, dijo.

-Estos rosales son parte del universo, tú vas a trabajar aquí, todos mis obreros trabajan con las rosas y tú también porque es parte de mí.

Después me llevó al otro lado dónde estaban las

azucenas, me dijo.

-Con las azucenas trabajan mis obreros usando la mente en la escritura, tú también lo vas hacer.

Luego me llevó a dónde estaban los gladiolos.

-Con los gladiolos trabajan mis obreros, los que hacen la voluntad de dios. Esta parte del jardín no es menos esclavo que el de las rosas y las azucenas.

Luego me llevó al otro lado dónde estaban las margaritas.

-Con las margaritas trabajan mis obreros, los que desean llegar hasta dios. El trabajo de ellos no es menos esclavo.

-¿Todos los obreros que has mencionado están en la tierra?- pregunté.

-Así es, pero no creas que entre todos juntos son muchos. Recuerda que antes te he dicho que muchos no quieren responsabilidades, de esa manera se van alejando cada vez más de la gran energía universal, que es de lo que están formados.

Toda persona que guarda para ella lo de sí misma, no tiene cabida en mi corazón. No me pertenece, sabe que lo está haciendo mal, pero lo hace.

Salvador hizo otra pausa. Yo le pregunté.

-Todas las flores que están en el centro del jardín ¿Representan a dios?.

-Sí. Ya ves que en el centro viven flores salvajes de todas clases. No hay nada más bello y hermoso que estas flores, su pureza es auténtica y sus coloridos también, la humildad que poseen es extraordinaria.

Yo miraba extasiada ese bello jardín.

-¿Todos los humanos llevamos con nosotros todas esta belleza?- pregunté.

-Sí mi amada Vera, pero no todos se dan cuenta que lo tienen.

Me quedé triste y pensativa.

No sé el tiempo que hacía que llevábamos allí.

-Ahora vamos a volver a tu casa- dijo Salvador.

Al salir del jardín vi que ya era de noche. No me di cuenta que las horas hubieran pasado tan rápido.

Íbamos andando por el ancho camino de regreso a mi casa, el color del cielo era precioso, anaranjado con reflejos amarillos. Salvador me llevaba cogida de la mano él, también miraba la belleza de colores que había en el cielo, me miró Y dijo.

-Siempre que tengas dudas habla conmigo, yo te escucho en todo lo que me digas y te ayudo. Muchos son los que me buscan y no me encuentran, dicen que necesitan verme para creer que existo, ellos pertenecen a las margaritas, el esfuerzo que hacen es mucho pero, para todo hay un tiempo.

Me quedé reflexionando por esto que me dijo.

-Si ellos te buscan y no te encuentran ¿Cómo es que yo te he encontrado sin buscarte?.

-Mi amada Vera, antes de buscarme tú ya me amabas, sabías que mi existencia era verdadera, estabas enamorada de mí sin saber cómo era.

Me di la vuelta para ver la cúpula del jardín, me llevé una sorpresa al descubrir que ya no estaba. Todo era rocoso y desierto de arena rojiza.

-¿Dónde está el jardín que me has hecho visitar?- pregunté a Salvador.

-Mira dentro de ti, ese jardín vive contigo, tu lo has ido cultivando día a día hasta hacerlo grande.

-¿Cómo lo miro? No sé hacerlo- dije.

-Escucha los sentimientos de amor que te hablan y sigue la voz del alma, esa voz te lleva hasta tu jardín, al que hemos visto.

Hice lo que Salvador me dijo, era cierto, el jardín que me mostró estaba dentro de mi pecho, ocupaba el entorno de mi corazón, lo miré y sonreí.

-¿Lo has encontrado?- me preguntó.

-Sí mi amado, está en mi corazón.

Íbamos llegando a mi casa, ya era la hora de cenar. Mi madre salió a nuestro encuentro, preguntó sin preocupación.

-Habéis tardado un poco ¿Está lejos el jardín que habéis ido a visitar?.

Salvador sonrió, yo también y dije.

-Está muy cerca, lo que ocurre es que hay mucho camino a recorrer hasta encontrarlo.

-No sé exactamente lo que quieres decir, lo importante es que ya estáis aquí, la cena está preparada y puesta en la mesa.

Yo miré a Salvador y le pregunté.

-¿Quieres compartir esta cena con nosotros?.

-Sí me gustaría, esta es la última noche que me quedo aquí, mi trabajo ya ha terminado y mañana tengo que irme, otras esposas me están esperando.

Al decir eso no sentí celos, había visto la realidad de su existencia, era normal que tuviera que irse.

Entramos en casa, mi padre y mis hermanos estaban sentados en la mesa esperando a que llegáramos, mi madre sin saberlo había hecho una cena fuera de lo normal, no faltaba de nada en la mesa. Mi padre guardaba una botella de buen vino para una ocasión especial, esa noche la abrió y brindamos todos para que la felicidad reinara en nuestra familia.

Salvador estuvo acompañándonos hasta muy entrada la noche, ya estaba dispuesto a irse, se levantó de la silla y dijo.

-Es hora que me vaya, mañana tengo que estar en otro lado de la tierra.

Salimos todos fuera a despedirlo, tenía nuestras manos fuertemente cogidas, por mis mejillas caían lágrimas de tanto amor que sentía hacía él.

Vimos que iba en dirección al río, al llegar a la orilla no pudimos ver más. Yo intentaba poder ver cómo entraba en su cabaña pero fue imposible. Miré al cielo, era noche de luna llena, su luz reflejaba en el agua del río, el desierto estaba iluminado y se podía ver las rocas que lo cubría.

Mi madre me miraba y me preguntó.

-Hija ¿Por qué lloras?.

-Siento mucho amor por Salvador, aunque se vaya se que está ahí, no me refiero en la cabaña, sino dentro de nuestros corazones porque él es amor.

Mi madre y mi padre no cesaban de mirarme, mi madre me dijo.

-Hija, desde que vimos a Salvador has cambiado mucho, no eres la misma, incluso yo me siento diferente. Amo mucho a tu padre pero a Salvador también.

Yo quise dejarle claro a mis padres y hermanos y dije.

-Él nos ha dicho que se llama Salvador pero en realidad se trata de Jesús.

-Yo estaba segura que un hombre cómo él no podía ser de la tierra, su belleza aquí no la hay.

-¿Estás segura de amarlo tú también?- pregunté.

-Sí.

-Y yo también- dijo mi padre.

CUANDO JESÚS VIENE A TI- 1987.

Era un día de mucha calor, el mes de septiembre. Salí de mi casa para ir al huerto pequeño que teníamos y que cultivábamos entre mi marido y yo. Mi hijo también nos ayudaba cuando podía, tenía doce años e iba al colegio.

Siempre que iba al huerto y hacía sol, me ponía un pañuelo en la cabeza para que no me doliera, el sol me molestaba. Ese día iba a coger lo suficiente para hacer una ensalada, mi marido no tardaría en llegar del trabajo y quería que la comida estuviera puesta en la mesa.

Al levantar la cabeza después de haber cogido una lechuga y algunos tomates, vi que al otro lado del huerto había un joven acompañado de un perro que me estaba mirando. Yo no lo había visto nunca, no lo conocía, este joven representaba veintiséis o veintisiete años, no tenía aspecto de los jóvenes del pueblo. Vestía pantalón ancho de una tela fina, un blusón también ancho de color blanco, calzaba

sandalias, sus cabellos eran negros, largos y ondulados. El perro que lo acompañaba no era de raza si no callejero.

El semblante de este joven era agradable y de ademanes tranquilos. Cómo no paraba de mirarme, pensé que, quería decirme algo. Me fui aproximando a él y cuando estuve cerca le pregunté.

-¿Qué quieres?.

Él esperó unos instantes antes de responder, me miraba fijamente, después me preguntó.

-¿Cómo es tu nombre?.

-Emiliana- respondí.

-Tienes un nombre muy bonito, tan bello como tu- dijo sonriente.

Creí que se estaba riendo de mi o algo parecido. Yo no tenía un rostro bello al menos eso era lo que yo creía. No me ponía ninguna crema en la cara, siempre iba lavada con agua y jabón, había pasado de los cuarenta años. Le volví hacer la misma pregunta.

-¿Qué necesitas?.

-¿Puedes darme algo para comer?.

Estaba extrañada por lo que me pidió, no tenía aspecto de pasar hambre, le dije.

-Ahora te traigo algo para que comas.

Entré en mi casa y cogí lo que tenía a mano, un trozo de pan, queso y una manzana, lo puse en un plato y se lo llevé. El joven lo cogió con una sonrisa de agradecimiento y sin dejar de mirarme.

Me quedé delante de él para ver cómo se lo comía, a su perro le dio más que él comió. Yo al ver eso le dije.

-Voy a traerte más, has comido poco.

-Emiliana, no hace falta, ya he comido bastante-respondió él.

De pronto me acordé que la comida la había dejado en el juego. Corrí hacia la casa, llegué a la cocina y comprobé, la olla que tenía en el juego seguía hirviendo normalmente, respiré más tranquila. Salí fuera para despedir al joven que

Había dejado con la palabra en la boca. Ya no estaba, se había ido, miraba para ver si lo veía pero todo fue en vano. Había dejado en el suelo el plato vacío, lo cogí y fui a entrar en casa, me detuve en la puerta. En unas casas cerca de la mía vi que había varias vecinas hablando, les pregunté.

-¿Habéis visto a un joven acompañado de un perro?.

Ellas se miraron e hicieron una mueca, una dijo.

-No hemos visto a nadie ¿Por qué lo preguntas?.

-No por nada- dije disimulando.

Yo pensaba en el joven que había visto, estaba segura que me había pedido algo para comer, el plato lo tenía en la mano, tenía unas migas de pan sobrantes. Dejé el plato en el fregadero con todos los demás platos del desayuno.

La puerta de la calle se abrió, era mi hijo que volvía del colegio para comer. Me dio un beso cómo cada día hacía, venía con hambre, después de comer volvería a irse, fue al lavabo y se lavó las manos, seguidamente se sentó en la mesa.

Mientras comía se fijó en mí, yo estaba sentada frente a él esperando que mi marido viniera para comer juntos. Mi hijo me preguntó.

-Mamá ¿Te ocurre algo?.

-No hijo ¿Por qué me lo preguntas?.

-Es que parece que esté triste, no miras como cada día, estás ausente- dijo mi hijo Daniel.

-No me pasa nada ¿Ves algo extraño en mí?.

-Mamá, puedes confiar en mí, si te ocurre algo me lo dices.

-Ya lo sé cariño, tu eres mi mejor tesoro- dije.

Acabó de comer y se puso a leer un tebeo, siempre lo hacía antes de volver al colegio.

Mi marido no tardó en llegar él, también me dio un beso, puse los platos en la mesa y comimos los dos juntos como cada día hacíamos.

Dos horas después se fueron los dos, yo me quedé sola en casa fregando los platos y preparando la cena para la noche, siempre lo hacía así. Mi pensamiento estaba en el joven con el perro

qué me había pedido algo para comer. La ventana de la cocina daba al huerto, desde allí podía ver el lugar dónde vi al joven, miraba sin cesar esperando volver a verlo.

A la mañana siguiente al despertarme, mi marido me dijo.

-Has estado hablando toda la noche pero no entendía lo que decías, me has despertado en varias ocasiones ¿Qué has soñado?.

-No me acuerdo- dije- Era la verdad.

Pasaron cinco días sin que sucediera nada, al que hizo seis, por la mañana, estaba yo limpiando la casa, al salir fuera para limpiar la puerta, el joven estaba frente a mí. Mi sorpresa fue enorme, pensaba que nunca más volvería a verlo. Me alegré mucho, parecía una jovencita de veinte años esperando a su amado. Arreglé mi pelo y puse orden en mi vestido, me acerqué a él y le dije.

-¡Hola!.

-¡Buenos días Emiliana!- respondió él.

-¿Has comido?- le pregunté.

-Sí, no te preocupes por eso- dijo con una sonrisa de agradecimiento.

Miré a su perro y pregunté.

-¿Tu perro ha comido?.

-Él come cuando como yo- dijo.

Iba vestido de la misma manera. Era la primera vez que yo veía a alguien vestir de ese modo.

-No eres de aquí ¿Verdad?- pregunté.

-Soy de todos sitios y de todos lugares- dijo.

-¿Cómo te llamas?- pregunté.

-Tú lo sabes- dijo con voz serena.

-No se tu nombre. ¿Por qué te fuiste el otro día sin decir nada?.

-Me esperaban en otro lugar.

-¿Dónde?- pregunté.

-Lejos de aquí.

Yo le gasté una broma, dije.

-¿Vas volando?.

Él me sonrió y dijo.

-Soy rápido cómo el rayo y feroz como la tormenta.

Una vecina salió de su casa y vio que yo estaba hablando con un joven, sé fijó que la conversación era amistosa. Ella sólo hacía que mirar, sentía deseos de saber de qué hablábamos, yo le dije al joven.

-La vecina de al lado quisiera saber quién eres, ahora tiene envidia de ver que hablo contigo.

-A todos les pasa lo mismo, quieren saber quien soy pero ninguno me busca.

No supe qué quiso decir, en verdad no entendía bien el significado de sus palabras, hablaba de una manera extraña para mí de comprender, pero a su lado me encontraba feliz, alegre ,y con mucha paz.

-Tengo que irme pero volveré- dijo.

-¿Cuándo vendrás?- pregunté.

-Depende de ti- dijo.

Me quedé con la boca abierta sin haber comprendido nada. Me sonrió y se dio la vuelta para irse, vi que se alejaba por el llano campo hasta que lo perdí de vista.

No tardaron los comentarios de las vecinas, había un corrillo hablando del joven y de mí. Lo sentía más por mi marido y por mi hijo, ellos no sabían nada de la visita del joven. Sentí que me había enamorado de él, sólo de pensarlo me sentía ridícula pero no podía hacer nada para evitarlo. Él era un hombre joven, yo tenía cuarenta años. Mi cabeza daba vueltas pensando en él. Me dijo que era rápido cómo el rayo, estaba segura que me había dicho la verdad y, también estaba segura que dónde estuviera me estaba viendo y oyendo. Yo lo llamé para ver si venía, salí de mi casa, las vecinas ya no estaban y lo llamé, dije.

-Joven ¿Dónde estás? ¡Necesito hablar contigo!.

Lo llamé de esa manera tres veces.

Estuve esperando pero no venía, volví a decir.

-¡Sé que me estás escuchando! ¿Por qué no vienes?.

La tristeza se apoderó de mí. Mi marido no se daba cuenta pero mi hijo sí lo notaba. Él siempre estaba pendiente de mí, tenía miedo que me pasara algo, qué callera enferma. Me hacía muchas preguntas- Si me dolía algo, si su padre y yo nos habíamos discutido.

Una tarde me llevé una gran sorpresa, el joven estaba acompañado de su perro, en el sitio que lo vi la primera vez. Salí de mi casa y fui corriendo a su encuentro, di un grito de alegría y con los ojos llorosos le pregunté.

-¡El otro día te estuve llamando! ¿Por qué no viniste? ¡Necesitaba hablar contigo!.

Después de preguntarle esto, me di cuenta que le estaba hablando dándole una orden. Yo creí que había fallado en mi comportamiento, iba a disculparme cuando él me preguntó.

-Emiliana ¿Me amas?.

Yo le respondí dos veces con lagrimas

-Sí, sí.

Él me cogió la mano y me preguntó.

-¿Quién soy? Di mi nombre.

Yo mirándolo a los ojos le dije.

-Eres Jesús.

-¿Has visto como sabías mi nombre? ¡ Ahora dime!

¿Para qué me llamabas?.

Me quedé unos instantes mirándolo.

-Sé que voy a tener problemas con mi marido, lo presiento y no sé qué hacer- dije.

-Acabas de decirme que me amas; ¿Qué pueden importarte los problemas? Los tienes que solucionar tu misma, y cuando hayas ganado la batalla, la victoria será tuya. Yo te ayudaré a que la carga sea menos pesada. Cuando me necesite, háblame, aunque no esté aquí yo te oigo y te daré la solución para las cosas.

Yo seguía con su mano cogida, me transmitía mucho amor. Vi que de las casas de al lado salieron las vecinas.

-¡Ahora va a ser grande lo que me va a caer!- dije.

-No sufras por eso, ellas no pueden verte.

-¡Nos están mirando!- dije extrañada.

-Así es, pero no nos ven.

Comprobé que era cierto, miraban a mi puerta, luego lo hacían ha otro lado y después hablaban de sus cosas o de cosas de los demás.

-Tengo que irme, me necesitan en otro lugar-
dijo- Nunca estoy en el mismo sitio, soy igual que el rayo.

Me dio un saludo de paz y se fue.

Yo me quedé cómo la mujer que ve que se va su amor y se despide de ella.

Escuché la voz de mi hijo que me llamaba por la ventana de la cocina. Atravesé el huerto y entré en mi casa. Mi hijo me preguntó.

-¿Qué hacías en el otro lado del huerto?.

-Estaba dando un paseo- dije.

Mi hijo rodeó mi cintura con sus manos y dijo.

-Nunca he visto que pasearas, y menos por esa parte del huerto, es el camino que conduce al campo ¿Qué hacías allí?.

Para que me dejara tranquila le dije.

-¡Bueno, ya está bien!.

-Mamá ¡Dime qué te pasa! ¡No eres la misma de hace unos días!.

No le respondí. Mi marido no tardo en llegar.

Un día a la hora de la comida, mi marido llegó cambiado. Traía la nariz ensangrentada, cuando vi su aspecto me asusté y pensé en lo peor. Vino hacia mí con la cara blanca, me cogió de un brazo bruscamente y me hizo entrar en el dormitorio. Sentí que estaba dispuesto a pegarme y rápidamente pensé en Jesús y de muy adentro de mi interior lo llamé.

Mi marido empezó a darme gritos, me preguntó.

-¿Quién es ese hombre joven con el que te ve?
¡Todos en mi trabajo se han reído de mí, a uno le he tenido que partir la cara! ¡Él mira cómo me ha

Dejado a mí! ¡Respóndeme!.

Cómo lo vi tan excitado, le dije la verdad.

-¡Miguel, cálmate! ¡Te voy a contar todo! ¡No se trata de un hombre!.

-¡Pues si no es un hombre, habla!- dijo con los ojos llenos de ira.

Yo sabía que mi hijo estaba escuchando detrás de la puerta, sobre todo lo sentía por él con lo sensible y tierno que siempre se mostraba conmigo.

Mi marido me zarandeó para que hablara.

-¡Venga, te escucho!- dijo con violencia.

Yo empecé a titubear, no sabía por dónde empezar, pasados unos instantes dije.

-Antes te he dicho que no se trata de un hombre, es Jesús.

A mi marido se le puso la cara desencajada, y actuó con más violencia conmigo.

-¡Está loca! ¿Quién es ese tal Jesús? ¡háblame de él! ¡Quiero que sepa que yo soy tu marido! ¡Se lo quiero decir yo mismo!.

Yo rompí en sollozos, sabía que no me iba a creer y le dije.

-Te hablo de Jesús el hijo de dios.

Mi marido levantó el brazo para darme una bofetada, pero no lo hizo, se quedó con la mano levantada en el aire, algo hubo que se lo impidió.

-¿Te estás burlando de mí?- dijo dándome un grito- ¡ Soy tu marido y tienes que decirme la verdad!.

-¡Te la estoy diciendo! - dije llorando.

Él se dio un golpe con la mano en la cabeza y dijo.

-¿Piensas que me voy a creer eso? ¿Qué el hijo de dios viene a verte en persona y habláis los dos?.

Sabía que mi marido no me iba a creer, yo desesperada por el momento tan tortuoso que estaba pasando, lloraba sin poderme contener.

Mi hijo que escuchaba detrás de la puerta, entró, se abrazó a mi cintura llorando también conmigo.

-¡Sal del dormitorio!- le dijo su padre gritando.

 Mi hijo se reveló contra su padre y le dijo gritando.

-¡Mamá te está diciendo la verdad! ¡Yo no he visto a Jesús, pero la creo! ¡Es mi madre!.

 Mi marido cogió a Daniel por el brazo y preguntó.

-¿Cómo sabes que tu madre está diciendo la verdad?.

-Porqué ella no miente, yo la creo.

 Mi marido le dio un empujón y lo echó fuera del dormitorio al tiempo que le decía.

-¡Sois los dos iguales! ¡Siempre lo he dicho.

 Mi marido volvió de otra vez conmigo, parecía que estaba más tranquilo, me dijo.

-Emiliana, dime la verdad, te aseguro que no me voy a enfadar contigo, pero no me digas que ese hombre joven es Jesús el hijo de dios.

 Yo sólo hacía que llorar, de nada iba a servir que le dijera lo mismo de antes, tal como yo lo conocía iba a perder la paciencia y seguro que me golpearía.

Mi pensamiento se puso en Jesús, a mi mente vinieron imágenes del último día que lo vi en el huerto. ¡Era tan guapo!

La voz ruda de mi marido me sacó de mí éxtasis.

-¡Por última vez, no te lo repito más! ¡Quiero que me digas la verdad de todo!

Una luz se encendió en mi mente, daba paso a la respuesta y dije sí llanto.

-Miguel ¿Te he mentado alguna vez del tiempo que hace que estamos casados? ¿Crees que estoy tan loca cómo para imaginarme algo así?.

Él estuvo unos instantes callado, luego dijo.

-¿Estás hablando en serio? Las vecinas también lo han visto ¿Por qué?.

-No lo sé, no puedo responderte a eso. Él y yo sabíamos que ellas nos estaban viendo, es posible que lo hiciera para que den testimonio de él, no puedo decirte más.

Creí que mi marido me había creído, salió del dormitorio meneando la cabeza, dando señales de

estar harto de esa historia. Entró en el cuarto de baño para lavarse la cara, aún le quedaba rastros de sangre. Seguidamente se sentó en un sillón, yo hice lo mismo. Él ya más sereno me dijo.

-Dime cómo es Jesús el hijo de dios y qué edad tiene.

-No llega a treinta años, eso es lo que yo creo.

-¿Viste con túnica cómo siempre nos lo han mostrado?- preguntó.

-No, va vestido con pantalón ancho y blusón color blanco, calza sandalias. Tiene el pelo negro y largo, le llega por debajo de los hombros. Lo acompaña un perro que no es de raza.

Mi marido movía la cabeza de un lado a otro.

-¿Qué digo yo ahora en mi trabajo? ¿ Qué el hombre joven que hablaba contigo es Jesús el hijo de dios? ¡Ahora se van a reír más de mí! ¡Me van a llamar cornudo y tendré que callarme!.

Pasaron dos días después de este incidente. Por la tarde recibe la visita de mi hermano y su mujer. No me extrañó verlos, nosotros nos veíamos muy

ha menudo. Nos quedamos sentados en la puerta, allí corría un poco de aire. Esperaba a que mi hermano hablara, y dijo.

-Miguel ha estado en casa, nos ha dicho que tú salud mental no es buena, y que tiene que verte un médico.

-Me encuentro muy bien- dije- Sí se refiere a lo que ocurrió con el encuentro de Jesús, os digo y seguiré diciendo, que todo es verdad, no me voy a esconder.

-Es una consulta sin importancia- dijo mi cuñada.

Me puse en pie y les dije.

-¡Cuando me encuentre enferma iré al médico, ahora estoy muy bien! ¿Para eso habéis venido? ¡No os necesito!.

Mi hermano seguía insistiendo.

-Emiliana, lo que hacemos es por tu bien. Tú marido dice que te ves a un hombre joven que es Jesús el hijo de dios. Cómo debes de comprender, no lo creemos. Estamos seguros que un especialista dará su diagnóstico de lo que te ocurre.

Miré la cara de mi cuñada, estaba sonriendo

con malicia. Estaba segura que ella me tenía envidia y ahora mucha más. Me entró de nuevo la pena y empecé a llorar. Mi hermano intervino.

-Emiliana, tienes que ser razonable, todo lo que hacemos es por tu bien.

Eso me indignó más y le dije.

-¡Tú que eres mi hermano! ¿Dices que me quieres? ¡No sabéis que es el amor auténtico! ¡Si pudierais encerrarme lo haríais!.

Tanto mi hermano cómo mi cuñada, permanecieron callados, me observaban cómo a un bicho raro. Quería que se fueran, no los quería allí, de mi cuñada me lo esperaba todo, pero de mi hermano no, era cómo si se hubieran puesto de acuerdo ellos y mi marido para derrotarme.

Mi hijo que estaba presente les dijo.

-No hace falta que vengáis aquí para esto.

Mi hermano se puso de pie y le dio una bofetada, diciéndole.

-¡No nos hables de esa manera, somos tus tíos!.

Mi hijo se echó a llorar, yo le cogí la cara y miré su mejilla, la tenía roja. Me enfadé mucho con mi hermano y le dije.

-¡Iros de aquí! ¡La única familia que tengo es mi hijo! ¡No necesito a ninguno de vosotros!.

Al fin se fueron, me quedé tranquila de que nunca volvería a verlos. Mi hijo y yo sufríamos ¡Pobrecito, sólo tenía doce años!.

Un día al volver del colegio me dijo.

-Mamá, hábleme de Jesús.

Era la primera vez que me lo pedía, le pregunté.

-¿Sabes quién es Jesús?.

-Tú tienes alguna estampa de él, en el colegio hay otra- dijo muy serenamente.

-Cariño, Jesús no es cómo lo ponen en las estampas, lo pintan pintores, cada uno le da una imagen diferente, según cómo creen que puede ser. Unos pintores lo pintan con mirada y gestos severos. Otros le dan gestos más tranquilos, pero Jesús no es de la manera que lo pintan, equivocan a

La gente que miran esas imágenes.

Mi hijo me escuchaba muy atento.

-¿Cómo es Jesús?- volvió a preguntarme.

-Jesús tiene belleza natural, es todo bondad, todo encanto y dulzura. Su sencillez es enorme, se acerca a la gente sencilla y noble. Sé acerca con naturalidad y mira de manera que puede hechizar.

-Mamá ¿Jesús vive en la tierra?- preguntó mi hijo.

-Vive en todos sitios y entra en todos los corazones, pero no todos están dispuestos abrirle la puerta.

-¿Por qué mamá?.

-No lo sé hijo, puede que ellos los que no le abren la puerta, no estén dispuestos a entregarse con amor a él.

-Mamá ¿Quieres a Jesús más que a mí?.

Rodeé a mi hijo con mis brazos y le dije.

-A ti te quiero igual que a Jesús y a él lo quiero igual que a ti, para mí sois el mismo amor. Él vive dentro de mí, y tu viviste también dentro de mí.

Daniel volvió a preguntarme con entusiasmo.

-¿Yo también podré ver a Jesús? ¿Me querrá como te quiere a ti? ¡Quiero conocerlo!.

-Estoy segura que lo vas a conocer, quiere mucho a los niños- dije besando sus mejillas.

Estaba anocheciendo, mi marido todavía no había llegado. Hacía días que venía a casa cuando a él se le antojaba y a la hora que quería. No hacía conmigo una vida normal cómo antes. Mi hijo y yo cenamos, yo recogí la mesa y fregué los platos él, se quedó un rato viendo la televisión. Después yo me fui a la cama, a mi marido le dejaba la cena encima de la mesa, pero cuando llegaba no cenaba, por lo visto ya había cenado en otro sitio que yo nunca supe.

Ya había pasado un mes y medio de todo esto. Era las once de la mañana, estaba lloviendo, miré por la ventana delantera de la casa y mi sorpresa fue grata al ver al joven con su perro. Di un grito de alegría y mi corazón volvió a latir con normalidad.

Salí a la puerta y le hice una señal para que entrara, se estaba mojando. Me indicó diciendo que yo saliera. Sabía que me exponía a mucho pero yo lo hice porque él me lo pidió.

Había una vecina en la puerta que lo vio, no tardó en ir en busca de mi marido, por lo visto ya lo tenían hablado. A mí no me importaba que él me viera, incluso lo estaba deseando para que pronto todo acabara con ese mal entendido. Yo quería a mi marido y deseaba con todas mis fuerzas que fuéramos como antes. El amor que yo sentía por Jesús no era el mismo, si Jesús me lo hubiera pedido, lo dejo todo pero llevándome a mi hijo.

Me acerqué a Jesús, lo miraba con ojos de enamorada, no había un hombre sobre la tierra que le superara en belleza, en elegancia en bondad y humildad. Jesús también me miraba, sus ojos color cielo entraban dentro de los míos y me acariciaba. No hacía falta que me tocara para que me sintiera feliz.

No recuerdo el tiempo que estuve cerca de Jesús, en esos momentos no vivía en este plano de

la tierra. Sentía que mi cuerpo flotaba como si mis pies no tocaran la superficie de la tierra.

Cuando me di cuenta, vi a mi marido que venía corriendo hacia nosotros con la mirada perdida y el semblante blanco. Le pregunté a Jesús.

-¿Sabías que esto iba a suceder?.

-Sí Emiliana, he querido que ocurra de esta manera para que tu marido me vea, después no podrá decir lo contrario ni los demás tampoco.

Me coloqué detrás de Jesús para no recibir un golpe, venía con esas intenciones, le faltaba un metro para llegar a nosotros y de pronto empezó a gritar diciendo.

-¿Qué le suceden a mi piernas y a mis manos?
¡Siento calambres de fuego! ¡Qué alguien me ayude!.

Nadie quería acercarse a él, todos se retiraban.

Jesús extendió sus manos hacia mi marido y le dijo.

-Pronto no tendrás nada, todo se te habrá ido

Pero si intentas agredir a Emiliana, te sucederá algo peor.

Mi marido nos miraba y preguntó a Jesús.

-¿Por qué ella puede estar a tu lado y yo no?.

-Porque ella me ama- respondió Jesús.

Mi marido respondió enfurecido.

-¡Me has quitado a mi mujer! ¿Quién eres para hacer eso?.

-No te he quitado a tu mujer, ella era mía desde el mismo momento que nació. Puedes darme las gracias que te la haya dejado todo este tiempo. Si fueras de otra manera la seguirías, porque nada tiene que ver en estar casados y amarme a mí al mismo tiempo, ¡Ahora dime! ¿Quién soy?.

-No lo sé. Mi mujer dice que eres Jesús ¡Me voy a volver loco!.

-No Miguel, mira dentro de ti, en tu interior está la respuesta, no tienes que ir lejos a buscarla.

Mi marido gritó diciendo.

-¡No me des sermones, eso no va conmigo!.

-Miguel, ahora me voy, no se te ocurra maltratar

a tu mujer- dijo Jesús- Ámala porque ella te ama. Si le tocas un solo pelo de su cabeza, yo lo voy a notar, porque ella viene conmigo y yo con ella. Estoy seguro que no lo has entendido, pero esto te queda sobre aviso.

Jesús me miró de frente, con sus manos cogió mis hombros y dijo.

-Pronto volveré, cuando me necesites habla conmigo, yo donde esté te oigo.

Seguidamente miró a toda la gente que nos rodeaba, levantó la mano en señal de saludo y se fue por el llano campo.

Me quedé embelesada mirando cómo se iba alejando. Oí la voz de mi marido que me dijo.

-¡Eh! ¿Te has quedado dormida?.

Lo miré con dulzura, no debí hacerlo.

-¡No me mires de esa manera, a mí no me engañas! ¡Ya sé lo que tenéis tramado los dos! ¡Se hace pasar por Jesús! ¡Sí realmente fuera él, no vendría vestido de esa manera! ¡Ni se presentaría como lo hace, para que todos lo vean!.

Mi marido entró conmigo en casa, no me pegó porque estaba advertido, me dijo.

-¡Ahora cuando me vaya, te encerraré en casa con llave y me la llevaré! ¡Cada día haré lo mismo, haber si Jesús viene abrirte la puerta!.

No lo podía creer y le dije llorando.

-Miguel, no hagas eso, Daniel volverá pronto del colegio y no podrá entrar en casa.

-¡Que se espere en la puerta hasta que yo venga!
¡De todas maneras los dos sois iguales!.

Se fue llevándose la llave. Yo no podía soportar esa situación tan desesperada, mi marido no venía a razones. Tenía metido en la mente que Jesús era un hombre corriente y normal y, que le había robado a su mujer por ser más joven y guapo que él.

Mi hijo llegó del colegio, empujó la puerta y al ver que no se abría, me llamó. Me asomé a la ventana y le dije lo que sucedía. Se quedó sentado en el escalón de la puerta triste y pensativo. De esa manera estuvo hasta que llegó su padre.

Yo tenía la comida preparada y puesta en la

mesa. Comimos los tres juntos sin decirnos una palabra.

Había pasado unos días de esto, pero todo seguía igual. Al volver mi hijo del colegio, me llamó por la ventana y me dijo.

-Mamá ¿No estás harta de soportar todo esto?.

-Sí hijo, pero no puedo hacer nada para hacer venir a tu padre en razones.

-Sí quieres yo te puedo ayudar a salir de aquí.

-¿De qué manera?- pregunté.

-Te subes en una silla alta y saltas por la ventana, de esa manera los dos nos podemos ir lejos de aquí.

-Hijo mío, es un disparate lo que dices. Estoy segura que tu padre nos encontrará y me acusarán de haberte raptado.

-¿Está dispuesta a que mi padre te avasalle de esta manera?- dijo mi hijo muy enfadado.

Lo estuve pensando y me di cuenta que tenía toda la razón del mundo, pero le dije.

-¿Sabes que yo no puedo hacer esto?.

-¡Sí puedes!- dijo dando un grito – ¡Lo que no puedes es seguir viviendo de esta manera!.

Pobrecito, qué fácil lo veía todo. Estaba sufriendo mucho de verme callada y resignada. A su padre apenas le hablaba, yo le decía que no lo hiciera, pero no me hacía caso, y me decía.

-No, porque sea mi padre tengo que dejarlo que te humille, también lo está haciendo conmigo ¿Quién se cree que es?.

Mi hijo Daniel con doce años tenía respuestas de hombre. Ese día no hice lo que me propuso, sobre todo porque me podía quedar sin hijo, el juez me lo podía quitar y dárselo a su padre. Lo sufría todo por él.

Estaba acabando el otoño, el frío era infernal, hacía que no salía de casa dos meses, mi marido cada día se llevaba la llave. Mis esperanzas sólo estaban puestas en Jesús y en mi hijo. Yo sabía que Jesús no venía para que me hiciera fuerte y

encontrara yo sola la salida a todos mis problemas, pero era consciente que me estaba vigilando, y seguro estaba muy cerca de mí pero no lo veía.

Un día volvió mi hijo del colegio a la hora de comer. Yo me asomaba a la ventana para mantener una conversación con él y no se sintiera sólo hasta que su padre llegaba.

Ese día me propuso irnos de casa.

-Hijo, ahora estoy de acuerdo contigo- le dije- Hoy ya es tarde, tu padre está a punto de llegar, pero te prometo que mañana nos vamos. Sal antes del colegio, yo saltaré por la ventana de la cocina para irnos por el campo.

Mi hijo Daniel respiró, y dijo.

-¡Al fin has comprendido! ¡ Mañana haré cómo que voy al colegio, después vengo y nos vamos!.

No pudimos seguir hablando porque mi marido estaba llegando a casa.

Estando comiendo, mi marido me miraba, seguro que me veía contenta, luego miraba a mi hijo para ver si nos hacíamos señas él, advirtió que algo nuevo estaba pasando entre los dos.

A la mañana siguiente, preparé el desayuno para los tres, desayunamos como otro día normal. Mi marido y mi hijo se fueron juntos como cada día, yo me quedé encerrada en casa. Preparé una bolsa con una muda de ropa para mi hijo y otra para mí, también un poco para comer, medio pan, medio queso dos manzanas y una botella de agua. No podía llevar mucho peso, no sabía lo que andaríamos hasta encontrar algún sitio para pasar la noche. No llevaba dinero, no lo tenía, últimamente era mi marido quién hacía la compra.

Estaba preparada con una silla puesta para subirme y saltar por la ventana. Pasó poco tiempo y escuché la voz de mi hijo que me llamaba por la ventana de la cocina.

Todo fue una odisea. Antes de nada eché la bolsa, mi hijo la cogió y me dijo.

-Mamá, salta sin miedo, yo estoy aquí.

Hice muchos esfuerzos hasta saltar por la ventana y luego al suelo. Cogí a mi hijo de la mano y nos fuimos corriendo por el campo, tenía miedo que alguna vecina nos viera pero no fue así.

Cuando estábamos lejos de casa, llamé a Jesús.

Mi hijo escuchó lo que le preguntaba.

-¿He hecho bien en marcharme de casa?.

Oí su voz que dijo.

-Eres tú quién tiene que saber si lo que haces está bien o mal. Sigue tu voluntad, en ella encontrarás la respuesta. Llámame cada vez que lo necesite.

Íbamos buscando un lugar para quedarnos. Yo llevaba la bolsa colgada de un brazo. Mi hijo se dejó la cartera del colegio en el escalón de la casa, su padre cuando llegara se encontraría con la sorpresa de que no habíamos ido. Iría rápidamente a ponerme una denuncia. Todo ya me daba igual, lo que tuviera que pasar pasaría. Tanto mi hijo como yo, nos sentíamos libres.

Andábamos sin rumbo, no sabíamos dónde ir, el frío nos estaba calando los huesos. Al llegar a una carretera, mi hijo se fijó en una casita que estaba encima de un monte, y dijo contento.

-Mamá, allí arriba se ve una casa, no parece que esté habitada, tenemos que subir para ver si nos podemos quedar.

Yo miré dónde mi hijo me indicaba, vi que para mí era difícil subir, le dije.

-Cariño, yo no puedo escalar hasta arriba, si subimos a lo mejor está ocupada- dije con duda.

-Tenemos que arriesgarnos, es posible que no haya nadie- dijo bastante confiado.

Empezamos a subir la pendiente, era muy alta y difícil para mí. Él me iba ayudando, se cogía de un árbol con una mano y con la otra tenía cogida la mía y estiraba de mí. De esa manera llegamos arriba, yo iba jadeando por el cansancio que tenía pero pronto me recuperé.

Se trataba de un refugio. Fue fácil entrar, la puerta no tenía cerradura. Daniel y yo entramos juntos. Se trataba de una sola pieza, tenía chimenea, una mesa vieja de madera y un banco para sentarse, en un rincón había un camastro para una persona, en el rincón de al lado, algunos chopos de leña para encender la chimenea y en otro, herramientas para trabajar la tierra y los árboles. Era una pequeña vivienda temporal para el jardinero que se ocupaba de cuidar esa tierra.

Necesitábamos encender la chimenea, allí arriba hacía mucho más frío que en la parte de abajo. Buscábamos cerillas, estaban sobre la repisa de la chimenea, el guarda que se ocupaba de subir allí, era prevenido, lo tenía todo a mano. Con la chimenea encendida se estaba bien, Daniel y yo nos sentamos cerca para calentarnos. Después de haber estado toda la mañana andando por el campo y con el frío, necesitábamos comer algo. Abrí la bolsa, saqué el pan y el queso, estuvimos comiendo. Seguidamente nos acostamos, había una manta encima del camastro, nos tapamos con ella, Daniel se abrazó a mí para estar más caliente. Tenía su brazo rodeando mi cintura, sentía que era feliz, respiraba con tranquilidad y yo también.

Levantó su cara buscando la mía y dijo.

-Mamá ¿Crees que papá nos estará buscando?.

-Estoy segura que sí, pero no con la intención para que estemos con él, ahora probará hacerme el daño que pueda.

-Ese joven que tú dices que es Jesús, no lo permitirá, si estamos en esta situación es a causa de él.

-Es verdad hijo, pero si él tuviera que sacarnos a todos de los líos en que nos metemos por amarlo, no daría abasto.

Mi hijo estuvo unos minutos callado, y después me volvió a preguntar.

-Mamá ¿Querrá Jesús que yo lo conozca como lo conoces tú?.

-Claro que sí hijo. Tú no lo conoces pero él a ti sí.

-¿Sabe Jesús que yo soy tú hijo?.

-Sí cariño, él sabe quién somos todos.

Daniel se quedó callado, lo miré y vi que se había dormido. Yo me pasé toda la noche sin poder dormir, hubo mucho viento, los árboles estaban agitados y hacían ruido en el silencio de la noche. La puerta daba portazos, me levanté y busqué algo que la sujetara, encontré en la oscuridad de la noche una piedra, entre las que había cogí la más grande y la puse detrás de la puerta, volví al camastro. Daniel dormía tranquilo eso me reconfortó, al poco tiempo me dormí.

Me desperté con el ruido de la leña que ardía.

Daniel se había levantado sin hacer ruido para no despertarme y había encendido la chimenea. Era un sol de hijo, desde que nació le daba gracias a dios por haberme dado un hijo bueno, respetuoso y de buena salud.

Miré el reloj de pulsera y vi que había pasado más de las diez. Me puse de pie, necesitaba levantarme, teníamos que lavarnos, el agua que traía de botella la habíamos bebido. Yo no le decía nada a mi hijo para no crearle más problemas, pero necesitábamos agua y no sabía de dónde obtenerla, también teníamos qué comer, sólo quedaba un trozo de pan y otro de queso. Una cosa tenía segura era, que Jesús sabía todo lo que estábamos pasando por amarlo, no nos iba a dejar, una solución tenía que aparecer por cualquier lado y lo más pronto posible, pronto nevaría y tanto Daniel cómo yo pereceríamos de frío y de hambre, no teníamos otro lugar para ir.

Daniel estaba muy pendiente de mí y yo de él. Lo poco qué quedaba de comida, la comimos sentados junto a la chimenea, después de eso no había nada más. Miraba la carita de mi hijo, me daba pena, parecía un ángel, tenía qué armarme de valor y salir

del refugio para solucionar el problema del agua y el de la comida, y así se lo dije a Daniel.

-Hijo, vamos a salir de aquí y buscar si hay algo para sobre vivir aunque sea unos días.

-Sí mamá, yo también lo he pensado, no te he dicho nada porque sé que hay mucha pendiente para bajar al otro lado. Prefiero que tú te quedes aquí y yo salgo a buscar.

Eso que dijo hizo que me sobresaltara.

-No, de aquí no sales sin mí, vamos a buscar los dos juntos- dije.

Nos abrigamos bien y salimos del albergue, la pendiente que había era grande para que yo la bajara pero tenía que hacerlo. El frío cortaba la cara y los labios los dejaba agrietados. Yo llevaba en una mano la botella de agua vacía, la había cogido por si encontrábamos una fuente o algún riachuelo y poder beber y llenarla.

Íbamos bajando con mucha precaución, sobre todo para que yo no me cayera y me hiciera daño. Al llegar a un llano del monte, mi hijo pensó que lo

mejor era que él fuera por un lado y yo por otro sin perdernos de vista. Fue la mejor solución él, eligió irse por la parte de la derecha y yo por la izquierda. Yo iba mirando por donde iba, se metió por dónde habían muchos árboles, y le grité diciéndole.

-¡Hijo, no entres muy adentro, necesito ver dónde estás!.

-¡Mamá, no te preocupes por mí, sé defenderme!.

Por dónde yo iba también estaba lleno de árboles de hojas rojizas mostrando que entrabamos en la estación de invierno, el único ruido que allí se oía era el del viento azotando las ramas de los árboles.

Oí la voz de mi hijo diciendo.

-¡Mamá, aquí hay agua!.

Mi pecho se llenó de alegría, di la vuelta para ir a su encuentro. Había un canalillo que bajaba de la montaña, era lo suficiente para beber y llenar la botella. Después estuvimos mirando si encontrábamos algún fruto para comer, cómo no vimos ninguno volvimos al refugio.

Ese día por la tarde estábamos sentados cerca de la chimenea, agotando los últimos chopos de leña que quedaba ardiendo, nos llevamos una gran sorpresa. La puerta del refugio se abrió de golpe y apareció un hombre de aproximadamente treinta años de edad. Vestía de campesino, con la puerta abierta nos preguntó.

-¿Qué hacen aquí?.

Mi hijo Daniel se asustó y me cogió la mano, yo también estaba asustada pero lo disimulé. Me quedé parada sin saber qué decir, me puse de pie abrazada a mi hijo y respondí.

-Buscábamos un sitio dónde meternos.

El hombre con el semblante más sereno preguntó.

-¿Cómo han subido hasta aquí?.

-Por la carretera- dije.

-¿Por la carretera dice?- dijo sorprendido- ¿Este niño es tu hijo?- agregó después.

-Sí- respondí.

El hombre fue hasta el banco y se sentó a un

Lado, después preguntó.

-¿De dónde vienen?.

-Somos del pueblo de al lado.

-¿Por qué están aquí?- preguntó sin comprender.

-Huimos del padre de mi hijo, o sea, de mi marido.

-¿Qué a ocurrido para que vengan a esconderse aquí?.

Fue mi hijo quién respondió.

-Mi madre siempre se ha portado bien con mi padre él, la ha tenido encerrada en casa más de dos meses yo, la he alienta do para irnos de mi casa y seamos libres.

El hombre hizo una mueca, luego dijo.

-Señora, su hijo la defiende muy bien.

Se dirigió a Daniel y le preguntó.

-No quieres a tu padre ¿Verdad?.

-Sí lo quiero, lo que pasa es que le hace mucho sufrir a mi madre sin razón- dijo Daniel.

-¿Qué le hace?- preguntó el hombre.

-La ha tenido más de dos meses encerrada en casa, no la ha dejado salir.

El hombre me miró, vi que en sus ojos había tristeza. Estuvo unos minutos observándome, después dijo.

-Señora, aquí no se pueden quedar, estamos en invierno y se prepara mucho frío que haga. Veo que tampoco tienen nada para comer, usted tiene la responsabilidad de su hijo.

-¿Cómo sabías que estábamos aquí?- pregunté.

-Gracias que he visto desde mi casa salir humo por la chimenea, es por eso que he venido, aquí sólo vengo yo. Hace tres días que estuve y he dejado un brazado de leña, gracias a eso se están calentando. Aquí solos hubieran perecido.

-No estamos solos- dije.

-¿Hay alguien más con ustedes?- preguntó desorientado.

Me di cuenta que había dicho algo chocante, fue Daniel quién respondió.

-Mi madre se está refiriendo a Jesús.

-¿Qué Jesús?- preguntó él.

Respondí yo diciendo.

-Jesús el hijo de dios.

El hombre se quedó pasmado.

-¿Es por eso que su marido la tenía encerrada?.

-Sí por eso- respondió Daniel- Mi madre ha tenido la visita de Jesús en carne y hueso.

El hombre se echó a reír.

-No se ría, es cierto lo que le estamos diciendo- dije con el semblante serio.

Él se puso de pie y dijo.

-Bueno, se está haciendo de noche, no puedo dejarlos aquí. Los voy a llevar a mi casa, he venido en la camioneta, la he dejado aquí delante. Estoy seguro que los estarán buscando, después arreglaremos esto, tengo que entregarlos a la policía para que se hagan cargo de ustedes.

-¡No hagas eso por favor!- dije suplicando- No podemos volver a mi casa ni poder vivir de la manera que vivíamos, ¿No has creído lo que te hemos contado de Jesús?.

-No. Todo esto se lo puede crear su imaginación, si cree mucho en Jesús, su mente puede hacer que lo vea cómo a otra persona se ve.

-Mi marido también lo ha visto y ha hablado con él, También lo han visto las vecinas. No me lo estoy imaginando yo.

El hombre se dirigió a Daniel.

-¿Tú también lo has visto?- preguntó.

-Yo no. Cuando todo sucedió estaba yo en el colegio, pero estoy seguro que un día lo veré.

-No voy a llevarlos a la fuerza pero mi deber es decir dónde estáis- dijo el hombre- ¿No tienen nada para comer?.

-No. Respondí.

Después de estar unos minutos pensándolo, dijo.

-No puedo correr el riesgo de dejarlos aquí, los voy a llevar a mi casa, vivo con mis padres, ya son mayores, ellos sabrán qué hacer.

-Está bien – dije.

Yo sabía que allí no podíamos estar, sin comida

sin agua y si leña para calentarnos. Cogí la bolsa que contenía la ropa que había cogido y seguimos a este hombre. La camioneta la había dejado en una meseta más abajo. Fuimos bajando sosteniéndonos entre gruesas raíces que los árboles habían enredado por todo el monte. De una cosa estaba segura y que no dejaba mi mente de cavilar. Jesús había intervenido en nuestro rescate. Este buen hombre no lo sabía, lo utilizó para que fuera a salvarnos de morir helados y de hambre.

Al llegar a su casa él explicó a sus padres lo sucedido, su madre me preguntó.

-¿Han comido algo?.

-Esta mañana hemos comido un poco de pan y queso- dije.

Cenamos todos juntos. Después Daniel se fue a la cama, ella nos había preparado una habitación. Nosotros cuatro nos quedamos hablando de nuestro problema, ella dijo.

-Yo puedo ser tu madre y voy a decirte lo que yo haría en tu lugar. Es mejor que vuelvas a tu casa, no

puedes ir con tu hijo de un lado para otro como el que no tiene patria. Los dos necesitáis una estabilidad.

Sabía que la anciana tenía razón, le dije.

-Sí volvemos a mi casa, la venganza de mi marido será terrible, hará todo lo posible por meterme en un manicomio o en la cárcel.

-Estoy segura que todo se va a reglar, los jueces están para que la ley se cumpla- dijo la anciana muy convencida.

Ella me convenció para el regreso.

A la mañana siguiente al despertarnos, le dije a mi hijo que volvíamos a casa. Daniel se echó a llorar, y dijo.

-Mamá, no quiero volver allí. Yo cuidaré de ti y de mí para que no nos pase nada, También está Jesús que cuida de nosotros dos, ¿Te das cuenta que anoche cenamos bien y hemos dormido en una buena cama caliente?.

-Sí cariño, pero no podemos abusar del hospedaje que nos han ofrecido para una noche- dije.

Daniel lo veía todo muy fácil, y dijo.

-De aquí nos iremos a la ciudad y buscaremos trabajo.

-Hijo, no es así. Vamos a volver a casa, sé que lo que me espera no es bueno por parte de tu padre, pero lo tengo que asumir, de aquí a unos años no nos acordaremos.

Daniel se abrazó a mí sin dejar de llorar, no quiso desayunar por lo enfadado que estaba.

La anciana se despidió de los dos, a Daniel le dio un beso en la frente y le dijo.

-Sé que vas a cuidar muy bien de tu madre.

Subimos en la camioneta de camino a casa. Daniel iba con la cabeza baja, yo lo llevaba abrazado a mí para que se sintiera mejor.

Llegamos a la puerta de mi casa. Le dije a Daniel que fuera a casa de la vecina para ver qué sabía de su padre. Esta vecina no dio ninguna información, salió de su casa y echó a correr calle abajo, iba en busca de mi marido para darle la noticia de nuestro regreso.

Yo me preparé para lo peor, ya nada me importaba, lo único que no iba a soportar era que mi hijo sufriera algún daño de la talla que fuera.

Daniel mientras tanto lloraba abrazado a mi cintura. Tenía miedo a la reacción de su padre y de cómo me iba a tratar a mí.

Él hombre que nos llevó quería hablar con mi marido cuando viniera para decirle alguna cosa sobre su hijo y sobre mí.

Por la calle subía mi marido acompañado de dos guardias y de la vecina de al lado. Daba la impresión que me iban a detener, más o menos era eso. Mi marido me miraba con los ojos desorbitados, de un estirón me arrancó a Daniel. Él lloraba quería venir conmigo y me llamaba. El hombre que nos acompañó trató de hablar con mi marido pero él no lo dejó. Uno de los guardias me dijo.

-Tiene que acompañarnos al cuartelillo, hay una denuncia sobre usted.

No puse ninguna resistencia. El hombre que nos acompañó a mi casa, también vino. Él dio testimonio de la manera que nos encontró a mi hijo y a mí. El jefe de la guardia fue muy sensato y dijo.

-No veo culpa en esta mujer, bastante ha sufrido yéndose de su casa con su hijo y en las condiciones que han estado.

Daniel no paraba de llorar, yo estaba sufriendo cómo nunca había sufrido, estaban tocando lo más profundo de mi corazón.

Mi marido quería quedarse con Daniel en ese mismo instante, el jefe de los guardias le advirtió que no lo hiciera hasta que un juez dictaminara con quién se queda, no podía infringir las leyes.

Al llegar a casa, el hombre de la camioneta se despidió de Daniel y de mí, dijo.

-Señora, siento mucho lo que ha ocurrido, espero que todo se solucione para usted y para su hijo.

Mi marido lo estaba oyendo y le dijo.

-¿Por qué no te la llevas a ella?.

-Porque está casada contigo, si no lo estuviera me la llevaría, una mujer cómo esta vale mucho, no la dejaría escapar.

Esto hizo que mi marido se enfureciera más y

vino hacia mí con la intención de agredirme. El hombre se lo impidió, lo sujetó y le dijo.

-¡Delante de mí no le vas a pegar! ¡Si quieres nos pegamos tú y yo cómo dos hombres que somos!.

Algo hizo que yo rodeara la cabeza, mi corazón saltó de alegría, me llené de energía positiva y di un grito diciendo a mi hijo.

-¡Cariño! ¡Mira Jesús dónde está!.

Por lo visto hacía rato que estaba observando lo que sucedía al otro lado del huerto.

Mi hijo me cogió de la mano y le dijo.

-Mamá, con razón lo amas tanto. Vamos a su lado, cerca de él no nos sucederá nada.

Mientras tanto, mi marido y el hombre de la camioneta empezaron a pegarse, demostrando los dos quién era más hombre.

Las vecinas que nos rodeaban, también vieron a Jesús y empezaron a gritar diciendo.

-¡Otra vez ha vuelto ese joven, viene a por Emiliana! ¡Quiere hacerla suya!.

Mi marido al oírlas paró de pegarse con el hombre de la camioneta y miró hacia nosotros que íbamos corriendo al encuentro de Jesús. Echó a correr gritando.

-¡Da me al niño! ¡Devuélveme a mi hijo, no te lo lleves!.

Ya estaba muy cerca de nosotros, el miedo se apoderó de mí sólo de pensar que se llevaría a mi hijo a la fuerza. Nosotros estábamos a dos metros de Jesús y de la misma distancia de mi marido. De pronto oí que decía dando gritos.

-¿A dónde están? ¡Han desaparecido de mi vista!
¿Alguien los está viendo?.

Daniel y yo habíamos llegado hasta Jesús, ya no temía nada, los dos estábamos a salvo. Nos puso delante de él para que viéramos a todos los demás y lo que estaba ocurriendo. Mi marido daba vueltas buscándonos, las vecinas y más gente miraban para todos lados, el hombre de la camioneta fue testigo de todo lo que ocurrió.

Yo veía que nos seguían buscando y no

estábamos lejos de ellos.

-¿Por qué no nos ven?- pregunte a Jesús.

-Porque están ciegos, me tienen delante y niegan de mí, ellos son los que no aman.

-¿Por qué Daniel y yo podemos verlos a ellos?.

-Porque vivís dentro de mí y yo soy transparente cómo el cristal.

Estuvimos en silencio observando y oyendo todo lo que sucedía delante de nosotros.

-Vamos hasta ellos- dijo Jesús.

Empezamos andar los tres, cuando estábamos junto a ellos, gritaron.

-¡Por ahí vienen!.

Mi marido al vernos salió corriendo, decía a gritos.

-¡No quiero acercarme a ellos! ¡Qué ninguno de los tres me toque! ¡Quiero irme del pueblo!.

Las vecinas salieron todas corriendo y se encerraron en sus casas. El hombre de la camioneta

vino a nuestro encuentro él, no tenía miedo de encontrarse con nosotros, era la primera vez que veía a Jesús, y desde ese instante lo amó.

Jesús le dijo.

-Cuida de esta mujer y de su hijo, yo estaré siempre presente para que no le falten de nada. Nunca más nadie los va a molestar y vivirán en paz. Ahora tengo que irme, os dejo mi paz y mi amor.

Vimos a Jesús cómo se alejaba por el campo llano. Nos habíamos quedado los tres un poco tristes. Todavía nos sabía yo el nombre de mi protector y le pregunté.

-¿Cómo te llamas?.

-Juan- respondió.

-Yo Emiliana y mi hijo Daniel.

Las presentaciones ya estaban hechas. Puedo asegurar que yo me sentía la mujer más feliz del mundo y la más libre. Ya no tenía cadenas de marido que sólo sirvió en mi vida para cortarme el camino hacia la libertad y el amor de Jesús.

Juan habló con mi marido para ponerlo al corriente qué cogía la tutela de Daniel y la mía. No puso ningún impedimento, yo sabía que sería de esa manera, me cogió miedo por el hecho de ser una sierva de Jesús. Él ya no podría hacer con mi hijo y con migo lo que quisiera, eso lo tenía muy claro.

Juan nos llevó a casa de sus padres, fuimos acogidos cómo otros más de la familia. Al pueblo donde nació y yo vivía, nunca más volvimos. La casa se la quedó mi marido, ese fue el pacto qué hicimos.

Nadie es profeta ni en sus familia ni en su tierra.

Hoy mi hijo ya es un hombre y yo una mujer mayor. Daniel siempre siguió a Jesús y cuando me habla de él, llora de alegría, yo lo entiendo perfectamente, a mí me pasaba lo mismo y me sigue pasando, es un amor inmenso que llena el corazón con la felicidad más grande que se conozca.

Los padres de Juan murieron de ancianos. Yo les agradecí en vida y sigo agradeciéndoles todo el bien qué hicieron a Daniel y a mí. Juan y nosotros dos nos quedamos viviendo en su casa. Yo llevo junto

a él, el timón de la casa. Siempre he pensado y creo que fue Jesús el que nos guió hasta el albergue del monte para que nos encontráramos con Juan. Siempre digo y afirmo que las casualidades no existen, todo tiene un porqué.

Mi hijo me adora. Juan me sigue, los tres hacemos el triángulo, ¡Qué hermoso es amarse sin cadenas que nos atén!.

En los ratos libres que tiene Juan, vamos por pueblos hablando de Jesús y dando testimonio de su existencia. En uno de estos pueblos Daniel conoció a una joven, los dos se quieren y un día se casarán y formarán una familia, Quiera yo o no, seré abuela. El nombre de ella es Amalia, también sigue a Jesús. Yo espero que la familia se haga pronto más grande, yo soy feliz cuando los veo juntos, me doy cuenta de la manera que se aman y soy consciente que un día llegará que se irán a formar su familia, es de esa manera cómo tiene que ser.

Después nos quedaremos solos Juan y yo, queriéndonos como dos hermanos.

POR EL SENDERO BLANCO – 1987.

Hacía tres meses que estaba viviendo en la montaña. Era un hombre de veinticinco años. Al irme a vivir allí, mi familia se enfureció conmigo, estaba lejos de la civilización y me dijeron que era un salvaje. Me daba igual, yo no era hombre de ciudad, cuando acabé el servicio militar estuve unos años viviendo con mis padres y mis hermanos. Cómo era bien parecido tenía mucha suerte con las chicas, eran ellas las que me buscaban, tuve relaciones con alguna de ellas pero no me llenaban lo suficiente como para hacer una vida en común. Desde hacía años sabía que la soledad del silencio me atraía más que otra cosa, envidiaba a ermitaños que vivían en cuevas, yo quería ser uno de ellos.

Cuando dije a mis padres que me iba a vivir a la montaña, creyeron que venía conmigo una de las chicas que conocía. Al decirles la verdad tardaron en creerme puesto que las chicas me rifaban.

El campo, la naturaleza me atraía desde muy pequeño. El día que me despedí, mi madre lloraba y decía mirando al cielo.

-¡Señor, qué hecho yo de malo para que me salga un hijo de esta manera!.

Mi padre me llamó salvaje, despiadado y sin sentimientos por hacerle sufrir a mi madre de esa manera.

Me había despedido de mi trabajo. Salí de mi casa despidiéndome solo de mi madre, mi padre y mis hermanos no lo quisieron hacer, renegaron de mí. Yo sabía lo que quería, mi vida me pertenecía, era mía.

Monté mi tienda a los pies de una gran montaña, allí respiraba aire puro, llenaba mis pulmones de oxígeno limpio y sano. El primer día lo pasé jugando y correteando como un niño conociendo los alrededores. Me alimenté de los frutos que había, eran muchos y salvajes cómo yo.

A los tres días de vivir allí, observé que casi en la cima de la montaña, había una entrada parecida a una cueva, mis deseos eran enormes de escalar hasta ella, necesitaba saber qué podría haber dentro, mi curiosidad era enorme.

La primavera estaba acabando, al amanecer el día me despertaba el trino de los pájaros con sus melodías anunciando que el sol pronto saldría para dar vida a todo ser viviente.

Esa mañana era muy clara, el sol había salido, la montada y la entrada a la cueva la tenía delante de mí. Mi vista fue dirigida allí, me quedé quieto y casi sin respiración, en la entrada distinguí una silueta, no podía ver bien si se trataba de hombre o de mujer, estaba muy alto pero, fuera lo que fuera, tenía el cabello largo. Me quedé hipnotizado mirando esa figura, yo me preguntaba en voz alta - ¿Cómo es posible que una mujer haya podido escalar hasta la cima?.

Me desplacé de sitio para ver mejor la silueta pero fue en vano, sólo se veía una forma.

Hacía tres meses que vivía allí, hice de ese lugar mi casa, me hice amigo de un ratoncillo que venía todos los días a verme, le ponía trocitos de galleta y se los comía.

Todos los días sin excepción miraba hacia arriba tratando encontrar la figura en la entrada a la

cueva. Ese día no estaba, me chocó no verla, yo estaba seguro que no era la visión mía que lo proyectaba, de una manera o de otra iba a salir de dudas, estuve todo el día con gana de escalar hasta arriba. La noche llegó, en la oscuridad no podía ver nada y me propuse subir en uno o dos días, al tercer día empecé a escalar. Subía con los primeros rayos de sol. Me iba agarrando a los árboles y a sus raíces que servían de escaleras. Cada tres metros que hacía me paraba para descansar y respirar el oxígeno, de nuevo emprendía la escala. Casi estaba llegando, podía ver la entrada a la cueva. Confieso que no estaba tranquilo, mi corazón palpitaba acelerado por lo que me pudiera encontrar. Tuve el impulso de volver hacia atrás y bajar pero luego pensé qué si estaba allí era porque yo lo había decidido, y continué el poco trozo que me quedaba.

Estaba en la entrada a la cueva, dentro no se veía luz debía ser por lo profunda que era. Respiré profundamente para sacar tensiones, seguidamente anduve unos pasos, todo era silencio. Anduve más hasta llegar casi al final, no vi si había algo, todo estaba vacío, el ruido que había era el del silencio.

Me di la vuelta para volver sobre los mismos pasos y dije en alto para oír mi voz.

-Todo es una ilusión que yo mismo me he formado en la mente.

Me senté en la entrada de la cueva, desde allí arriba veía la tienda que había hecho, se distinguía pequeña desde esa altura. Al empezar la tarde decidí bajar, ya había descansado.

Esa noche me fui a dormir pronto, tenía el cuerpo lleno de agujetas, me dolía todo.

Soñé que yo iba por un camino y me encontré de cara con la silueta que había visto en la entrada a la cueva, miraba su físico, no se trataba de una mujer, era un hombre de mucha belleza, me acerqué a él para hablarle y desperté.

Pasaron varios días, mi vida en la naturaleza era cada día igual, por la mañana me levantaba e iba al río, no quedaba lejos de dónde estaba, precisamente elegí ese sitio porque el río estaba cerca. Me aseaba por la mañana con el agua limpia y cristalina que bajaba de la montaña. Entre la

distancia del río a la tienda, me hice amigo de unas ardillas que bajaban de los árboles al verme, querían juego pero sin que yo las tocara, si intentaba acariciar a una, subía rápido al árbol.

Esa vida me gustaba, la elegí por eso y no la pensaba cambiar. Era consciente que el invierno allí debía ser muy duro, pero a todo uno se hace.

Era un día de calor, fui al río a bañarme, dentro del agua miré hacia la montaña, hice una exclamación al ver a la silueta en la entrada de la cueva, estaba otra vez allí. Salí del agua, me vestí y corrí en dirección a la montaña.

Estaba anocheciendo pero no me importaba, ya era una obsesión la que tenía, era necesario para mi mismo descubrir y saber quién era esa figura con tanta belleza.

Escalaba montaña arriba sin descanso, ahora la conocía mejor. Aunque era de noche no me importó quedarme delante de la cueva, no había luz alguna, anduve dos metros buscando pero fue en vano, no había nadie yo repetía - ¡No es posible que ya no esté!.

Avancé dos metros más, no quería rendirme, no

lo iba hacer y estaba seguro que ese ser o silueta que veía no estaba lejos de allí.

De pronto vi una inmensa luz que me cegaba, el brazo derecho lo puse delante de mis ojos para poder ver mejor lo que allí había.

Ese ser estaba de pie esperándome, era la primera vez que veía una cosa igual. Me detuve no quise ni podía avanzar, esa luz me lo impedía. Poco a poco fui recuperándome y pude mirarlo. Era masculino, alto con mucho porte y un rostro angelical, los cabellos dorados y largos por debajo de los hombros podía verse bien, tenía barba y una gran belleza, de ojos grandes color cielo, nariz perfilada y boca bonita. Me fijaba en su indumentaria de túnica blanca resplandeciente como el sol. Los dos nos mirábamos, la mirada de él hacía daño a mi vista por el brillo que proyectaba.

Avanzó unos pasos hacia mí, me dijo.

-No tengas miedo amigo mío, yo soy la paz del mundo. Me has querido conocer y venir hasta mí, yo te he estado esperando.

Su voz sonó en mis oídos como una melodía, volvió a decirme.

-Dime tu nombre.

Había oído lo que me dijo y pensé que él sabía cómo me llamaba, pero no comprendía por qué me lo preguntaba y además me quedé medio atontado de tenerlo frente a mí. Respondí.

-Me llamo Gabriel.

-Tienes el nombre de un mensajero mío.

Lo observaba sin darme cuenta de lo que me decía. Yo de religión no sabía mucho, casi nada, no era un tema que me interesara. Le pregunté.

-¿Quién eres?.

No respondió a mi pregunta. Me dijo.

-Dame tu mano.

Yo sabía que ese ser no era de la tierra, no era necesario que me lo dijera.

Le di mi mano, sentí un tacto muy diferente al del ser humano. Sentía que mi mano vibraba. Yo lo observaba, él no decía nada, mantenía su mirada con la mía. Me preguntó.

-Amigo Gabriel ¿Qué haces aquí viviendo sólo?.

-Me gusta la naturaleza y todos sus encantos que

viven rodeándola de belleza y de ternura. Dejé a mi familia para unirme a tanta hermosura, soy feliz viviendo de esta manera- dije.

-Has acertado, has elegido lo mejor para sentirte libre. Dichoso de ti que lo sabes. Esta noche voy a llevarte conmigo, vamos hacer un viaje, te va a gustar. No me hagas preguntas por nada de lo que veas, al final yo te daré la respuesta de todo.

La noche era oscura, sólo se veía el resplandor de la figura de ese ser hermoso y bello cómo un sol naciente. Me dijo.

-Ahora vamos a ir por los senderos que yo siempre voy. No te espantes por nada de lo que veas, calla y observa.

La noche desapareció ya no lo era, tampoco el lugar dónde estábamos. Era como si la tierra hubiera dado la vuelta. Me dijo.

-Sígueme.

Yo iba a su lado, miré hacia atrás, el día era bellísimo y el cielo azul. El suelo que pisábamos no

No parecía que lo fuera, me daba la impresión que íbamos andando por encima de las nubes color blanco azulado, creo que era un camino ancho.

Vi de lejos que se acercaba gente muy parecida al ser que me guiaba. Cando estaban cerca de nosotros, vi que se trataba de un hombre, llevaba cogida por la lanzada a una borriquilla, encima iba subida una mujer, llevaba en sus brazos a un bebé bien cubierto para que no pasara frío. Ella vestía una túnica ancha de color azul celeste. El ser que me acompañaba se acercó a ellos, ayudó a la mujer con su bebé en brazos a bajar de la borriquilla. Este ser me dijo.

-Gabriel, este bebé era yo al poco tiempo de nacer. Él lo cogió en sus brazos, lo miraba con ternura, se acercó a la joven madre y le dio un beso en la frente. Ella agachó la cabeza en señal de humildad, era muy bella. Luego se acercó al hombre, puso su mano en el hombro de él en señal de saludo. También vestía con túnica blanca, cabello blanco, barba blanca y calzaba sandalias.

Miraba al niño que tenía en sus brazos, le dio un beso en la mejilla, después se lo entregó a la joven y la ayudó a que subiera en la borriquilla y siguieron

su camino. Nosotros continuamos también.

Frente a nosotros venía un pastor que conducía sus ovejas. Al llegar a nosotros vi que se trataba de un hombre joven vestido de pastor, era también bellísimo, no tenía barba por lo joven que representaba ser. Este ser se agachó y cogió en sus brazos a una oveja, me miró y dijo.

-Este cordero también soy yo, y el pastor.

Lo volvió a dejar en el suelo. Yo no sabía si era el suelo, nubes o el universo, era imposible para mí distinguir en qué lugar nos encontrábamos.

El pastor siguió su camino y nosotros también.

Yo no entendía nada de lo que me estaba mostrando, me decía que el niño era él, también el pastor y el cordero. Yo no sabía ni había leído nada sobre esto que estaba viendo, tampoco podía hacerle preguntas, solo lo que él me quería decir. Yo a él lo veía un hombre muy bello pero un hombre. Lo importante para mí era que yo me encontraba muy feliz al lado de él, transmitía mucho amor.

En el camino nos encontramos con unos jóvenes

entre catorce y quince años. Iban vestidos con túnica blanca, en la cabeza llevaban adornos dorado y florecillas de muchos colores, en las manos mantenían un arco y una flecha. Este ser me dijo.

-Ellos son ley y amor que puede haber entre un hombre y una mujer. El amor que ellos unen es para siempre, el amor que se desune no lo han unido ellos.

Pasaron y nosotros continuamos.

Este ser me miró, algo vio en mí, me dijo.

-Vamos a parar un poco para descansar.

Señaló a su derecha un sitio y dijo.

-Nos quedamos aquí, después continuamos.

Dejamos lo que yo creía que era una carretera y fuimos al lugar dónde él había señalado.

Ya sentados en el suelo o eso era lo que yo creía él, me miraba, su mirada se clavaba en la mía, era difícil que yo pudiera desviar la vista a otro lado. Me hubiese gustado saber qué pensaba de mí, qué veía en mí para que me mostrara todo aquel caudal

de riquezas espirituales, qué era seguro estaban dentro de él. Cesó de mirarme y desvió su mirada hacia abajo, me dijo.

-Amigo Gabriel, eres uno de los elegidos. Ahora no sabes qué quiero decirte con eso, pasado un tiempo lo vas a entender, ¿Te has dado cuenta del rebaño de ovejas?.

-Sí- respondí.

-Tú eres una de ellas, no te has reconocido entre tantas, porque todavía es pronto para ti, después lo verás todo normal.

Yo también tenía la mirada baja, exactamente no sabía dónde estaba mirando, parecía que el tiempo se había parado en mí. Estaba muy confuso, aunque no me venía ninguna idea a la mente, parecía que también se había parado, no me sentía con fuerzas de pensar.

Al poco tiempo de estar allí, se puso de pie y dijo.

-Vamos a seguir caminando.

Me puse de pie, íbamos los dos hombro con hombro.

Vi que por la carretera venía una joven vestida

de ricas sedas color rosa. Al llegar a nosotros, me di cuenta que su hermosura era incalculable, ella se quedó delante de este ser, se inclinó haciéndole una reverencia él, le dio un beso en la frente y seguidamente ella continuó su camino.

-¿Te has fijado en esta joven?- dijo él – Ella es la humildad. La humildad es bella pero ella no lo sabe ni busca saberlo, es feliz de esa manera porque es la humildad.

Continuamos el camino o sendero blanco. Me vino a la mente las jóvenes que conocí en la ciudad que yo vivía y me hice la pregunta - ¿Qué hubiera yo hecho casándome con una de ellas?.

De lejos vi que venía un jinete a caballo empuñando en su mano derecha una espada. Al llegar a nosotros se paró y bajó del caballo, se quitó la armadura que llevaba en la cabeza, al tiempo de quitársela, su cabello largo y dorado se quedó reposando por debajo de sus hombros. Era varón aunque tenía el rostro casi de mujer, su belleza era grandiosa. Se acercó al ser que iba conmigo y se

dieron un abrazo de amigos yo estaba seguro que se conocían de siempre. Volvió a ponerse la armadura, subió en su caballo y siguió su camino.

-¿Te has dado cuenta del jinete?- dijo el ser que iba conmigo – Es Miguel, el defensor de los desvalidos, el amor que siente por todos, lo lleva marcado en su rostro, siempre va luchando para que en la tierra haya una vida mejor.

Me di cuenta que yo estaba allí para ver cosas y situaciones que él me estaba enseñando.

Continuamos el camino. Venía una carroza lujosamente decorada, al llegar a nosotros se paró. Dentro iba una hermosa mujer sentada y mucha gente detrás siguiéndola, ella iba dando de todo lo que llevaba dentro de la carroza, incluso se quitó un collar de perlas finas y lo dio también. A otro le dio su brazalete de piedras preciosas, Se quitó los zapatos y también los dio.

Uno de sus sirvientes la ayudó a bajar de la carroza, se acercó al ser que iba conmigo y lo saludó con una gran sonrisa, él correspondió de la misma manera. No sé de dónde sacó un collar y se lo puso

a ella en el cuello, también un brazalete de diamantes y zafiros, en sus pies puso unos zapatos de esmeraldas, seguidamente la besó en la frente. Uno de sus sirvientes la ayudó a subir en la carroza y siguieron el camino.

El ser que iba conmigo me dijo.

-¿Te has fijado en ella? Es la riqueza, ¿Has visto de qué manera se desprendía de sus posesiones para repartirlas? Yo la he colmado a ella de más riqueza y más aún que va a recibir. La persona que es rica y no dar al que no tiene, se está engañando a sí misma, porque de rica no tiene nada, sólo los bienes terrenales, creen que el dinero los va a mantener con vida hasta el final de los tiempos, la ignorancia los ciega y no se dan cuenta que el día que llegue su hora, la tierra los reclama y tienen que volver a ella.

Yo escuchaba todo lo que me decía de lo que íbamos viendo y me hacía la pregunta - ¿Por qué me ha elegido a mí? Estaba seguro que sabía lo que yo pensaba, poco después me lo confirmó y dijo.

-Amigo Gabriel, te he elegido a ti porque has

dejado todo lo que tenías para unirte a la madre naturaleza, me he dado cuenta de la manera que la miras y admiras, ella te lo agradece y yo también. Cada vez que la miran se pone más y más bella le gusta que muchos ojos la miren y la observe, de esa manera va creando cada vez más.

Continuamos el camino. Vi que venía un anciano mal vestido, al llegar a nosotros se paró y dijo sonriendo al ser que me acompañaba.

-No quiero que me colmes de riquezas soy feliz de la manera que vivo.

El anciano besó la mano de este ser y siguió. Yo me di la vuelta para mirarlo, su cuerpo pobremente vestido, brillaba como el oro y la plata.

-El anciano que ha pasado es la pobreza- dijo este ser – Está contento de no poseer riquezas materiales, de esa manera no tiene miedo a que se las roben y va feliz por la vida.

Íbamos avanzando con la mirada puesta en aquél sendero blanco. Hacia nosotros venía gente

alegremente cantando y tocando instrumentos musicales. La canción que cantaban yo no la conocía pero el ritmo que llevaba hacia que mi cuerpo bailara. Eran mucha gente de todas las edades, ellos también iban bailando con mucha alegría. Se quedaron bailando delante de nosotros hasta que acabó la canción, seguidamente emprendieron otra y siguieron el camino con su alegría, llevaban un gran repertorio de canciones.

-Ha pasado la alegría- dijo este ser – Es muy importantes estar siempre alegres y no perder la sonrisa, es positiva para la evolución del cuerpo y del alma.

Yo pensaba en toda esa gente que había dejado en la ciudad. Todos tenían problemas en el trabajo, yo también los había tenido y grandes, estaba todo el día de mal humor por esa razón. Deseaba con todas mis fuerzas ser feliz y ahora lo era. No quería imaginar que no hubiera gente en la tierra como la que este ser me estaba mostrando, no sabía cuándo volvería a la civilización pero estaba seguro que la buscaría, tenía que haberla en algún lugar de la tierra.

Seguimos el camino, venía una mujer que vestía

con ropa normal, ella se paró delante de nosotros, este ser, le preguntó.

-¿Me sabrías decir dónde está la cabaña del anciano?.

-Venir conmigo, os llevaré hasta ella.

Esta mujer iba a nuestro lado, nos acompañaba. Este ser me dijo.

-Ella es la honestidad.

Continuábamos los tres, a lo lejos se veía una cabaña, la mujer señalándola dijo.

-Es allí.

Este ser le sonrió en agradecimiento, ella continuó su camino. Él me dijo.

-Sé dónde está la cabaña pero he querido hacerte ver cómo es la honestidad.

Estábamos delante, era una cabaña hecha de caña de bambú, entramos, dentro no había nada ni nadie y de pronto todo se transformó en lo que antes era, estábamos en la entrada de la cueva de la montaña. Todavía era de noche, no pude saber el tiempo que este ser me tuvo viendo todos los

personajes que vi. Él me dijo.

-Amigo Gabriel, ahora puedes responder a la pregunta que te voy hacer ¿Quién crees que soy?.

Yo empecé a titubear, no sabía qué decir, estuve unos instantes pensando, él me dijo.

-Te voy ayudar, se que nunca te has interesado por saber el nombre de los mandatarios del universo, es normal, un joven como tú está pensando en cómo va hacer su vida. Hay quién me conoce por el nombre del redentor, otros el nazareno y otros con el nombre de Jesús. ¿Qué nombre me pondrías tu?.

Después de estar pensándolo dije.

-Yo te llamaré. ESPÍRITU DE LA VERDAD.

-Amigo Gabriel, asimila bien todo lo que te he enseñado esta noche, no te olvides de nada, lo vas a necesitar para que encuentres personas cómo las que te he mostrado, tú también tienes que ser igual que ellos. Habla siempre con la verdad y los encontrarás. Voy a advertirte, no todas las personas que conozcas, están dispuestas a escuchar

la verdad, aléjate de ellos, no suelen ser buenas compañías, siempre serán de esa manera. No se puede dejar una manzana podrida en un saco, las pudrirá todas.

Yo quería saber en qué lugar habíamos estado y le pregunté.

-¿Puedo saber qué sitio hemos visitado?.

-No nos hemos movido de aquí, amigo Gabriel.

-Tú y yo hemos andado mucho camino- dije.

-A sí es, te he mostrado un sendero, mi camino. Creías que lo andabas conmigo pero hemos estado aquí.

-Todos esos personajes que hemos visto ¿Existen?- pregunté.

-Amigo Gabriel, todo lo que has visto es real.

YO SOY LA VERDAD.

Me sentí muy pequeño y poca cosa al lado de ese ser de tanta belleza y bondad.

-¿Puedo besar tu mano?- pregunté- Quise hacer lo mismo que el hombre que representaba la pobreza.

Él me la extendió, yo la besé con acto de reverencia y me puse de rodillas. Él ante este gesto mío me dijo.

-Amigo Gabriel, no me adores de esta manera, no te postres de rodillas ante mis pies. Sólo pido que me busquen, me amen y me sirvan para que toda la tierra sepa que soy el hijo de dios y parte del universo. Todos los personajes que te he mostrado, son igual que yo. Dentro llevo la riqueza, la pobreza, la honestidad, soy el conjunto de una familia que vela por el bienestar de los suyos.

Hacía mucho tiempo que yo no había llorado, la última vez que recuerdo era siendo niño. En esos instantes de mis ojos brotaron lágrimas, lloraba sin poderlo evitar, la felicidad que sentía era grande.

Él espíritu de la verdad que desde ahora lo voy a llamar de esa manera aunque sé que se trata de Jesús, me dijo.

- Siempre que me necesites llámame, yo te estaré esperando.

Con su mano quitó las lágrimas que corrían por mis mejillas. La humildad que tenía era grandiosa y también rebosaba de ternura. Yo le dije.

-Ahora estoy seguro de amarte, dime tú cómo quieres que te sirva.

-Es fácil servirme a mí. Busca a gente de corazón bueno, limpio y tierno, que la bondad refleje en su cara. Háblales de mí y de la noche que has pasado conmigo, diles todo lo que yo te he mostrado. Muchos buscan esa parte divina pero no saben dónde encontrarla. Yo no puedo ir a todos esos, elegí unos pocos para que me sirvan de esta manera, tú eres uno de ellos.

Feliz puedes llamarte, porque has buscado y me has encontrado.

Yo estaba que no parpadeaba, lo miraba sin descanso al tiempo que pensaba - ¿Dónde puedo encontrar a gente buena y sencilla?. La que yo conocía de mi ciudad, no eran de esa manera,

precisamente me fui de mi ciudad porque no encontraba a nadie honesto. Le pregunte.

-¿Dónde puedo encontrar toda esa gente que dices?.

-Están en todos lados aunque no son muchos, tienes que viajar para encontrarlos.

El sol estaba saliendo, había pasado la noche junto al ESPÍRITU DE LA VERDAD. Creo que tenía que irse. Cogió mi cabeza y la puso en su hombro en señal de despedida. Por último dijo.

-Amigo Gabriel, te transmito mi amor y mi paz.

Vi que salió de la cueva, dio la vuelta a la montaña y seguidamente desapareció de mi vista.

Nunca me había sentido tan feliz. Según iba babando de la cueva sentí en mí una sensación infantil, cómo si volviera a ser otra vez niño. Tenía ganas de cantar, de bailar y de reir, mi pecho parecía que iba a explotar de ardor, tenía dentro la llama del amor encendida. Al llegar abajo, puse mis manos en mi pecho, tenía miedo que todo lo aprendido se fuera y todo el amor transmitido

también, me había quedado solo o mejor dicho en compañía de la madre naturaleza. Oí la voz del ESPÍRITU DE LA VERDAD que dijo.

-Amigo Gabriel, no tengas miedo de perder lo que yo te he dado, lo que doy es para siempre.

Paré de andar y miré por los alrededores para ver si lo veía en algún sitio de la montaña. Esta vez no se hizo visible a mis ojos.

Seguí andando mientras que iba cantando una canción y la iba bailando.

Me encontré con un revuelo de pájaros que iban en busca de aventuras. También iban alegres, todos trinaban a la vez.

Continué hasta llegar a la tienda que tenía hecha cerca del río. Lo primero que hice fue ir a bañarme, mientras lo hacía miraba la cueva de la montaña, me quedé con un recuerdo dulce que nunca se borraría de mi mente. Seguidamente fui a la tienda, me cambié de ropa, cogí lo poco que había llevado, desmonté la tienda y me fui hacia la

ciudad. Llevaba conmigo la imagen del ESPÍRITU DE LA VERDAD ella me acompañaría siempre. Iba a buscar gente que amara a Jesús cómo yo lo amaba.

Al llegar a mi casa, mi madre al verme se puso loca de alegría. Se abrazó a mí, no me quería soltar. Mi padre seguía con lo mismo, no quiso hablar conmigo. A mí me daba igual, ya no era el de antes, no me afectaba nada de lo que hiciera o dijera.

Volví a mi trabajo, de algo tenía que vivir y necesitaba dinero para viajar de un lado a otro.

En mi ciudad empecé a buscar gente de corazón limpio, encontré dos jóvenes que buscaban a dios pero no sabían cómo llegar hasta él. Les pasaba cómo a mí, que nada me satisfacía en el entorno que estaban viviendo. Cuando me hablaban de dios de un lado o de otro, no hacía caso, yo sabía que allí no estaba.

Ahora vamos los tres buscando, viajando y sirviendo al ESPÍRITU DE LA VERDA. A JESÚS.

Un día llevaré a mis dos amigos a la montaña la escalaremos y entraremos en la cueva.

FLOR – ANDRÉS Y MARÍA- 1987.

Soy el segundo de siete hermanos y hermanas.
Mi manera de ser no se parecía nada a la de ellos.

Hacía poco que había venido de hacer un largo viaje, mi manera de viajar era de un lugar a otro, me gustaba hacer stop y subirme en los trenes de mercancías.

Mi familia era adinerada, todos estaban en buena posición, mi hermano mayor hacía poco que había acabado la carrera de medicina, y los demás estaban terminando la carrera que cada uno había elegido.

Cuándo mis padres me plantearon lo que yo quería estudiar, les dije que no me gustaba nada. Mis estudios llegaron hasta la edad de dieciocho años, después comuniqué a mis padres que no quería estudiar y que no intentaran meterme en la cabeza otra cosa porque no lo iban conseguir. Luché mucho con ellos a causa de esto. Yo era la

Oveja negra, todos me daban de lado.

Yo tenía treinta años y hacía la vida que me gustaba, la vida mística.

Acababa de llegar de la India ese país me fascinaba, estaba enamorado de todo lo que allí hay. Me gustaban su gente sencilla y amable, me sentía agusto con ellos.

Yo pensaba en la riqueza que me había criado, lo detestaba y pensaba - ¿Cómo es posible que haya tanta riqueza en el mundo, mientras la otra parte no tienen para comer?. Todo esto lo veía muy injusto y me revelaba.

Cuando era niño vi esa discriminación, los pobres eran pobres y los ricos cada vez lo eran más.

En mi casa siempre me estaban castigando por hacerme amigo de los niños pobres. Tenía gana de ser mayor para hacer de mi vida lo que quisiera, ese día llego cuando fui mayor de edad.

Mis padres insistían en que tenía que seguir estudiando, yo les dije que ya sabía lo suficiente y me dieron a elegir entre estudiar o trabajar.

Yo preferí irme de casa y hacer lo que me gustaba.

Me dieron algún dinero y me fui a la India, ese era mi sueño. Pasé allí doce años, me fui siendo casi un niño y volví hecho un hombre.

No volvía para quedarme. Encontré a mi familia que vivía en la misma posición. Mi padre y mi madre se casaron para unir la fortuna.

Mis padres creían que iba para quedarme allí. Les comuniqué que sólo estaría los días necesarios para arreglar los papeles porque me iba a casar.

Mi familia me miraba con curiosidad, cuando me fui tenía un aspecto y al regresar después de doce años tenía otro. Vestía con pantalón ancho y camisa también ancha. Tenía el pelo largo y barba larga. Me miraban todos con un poco de recelo, estaba seguro que no querían que estuviera allí.

Mi madre me daba consejos diciéndome que me cortara el pelo y la barba, también que vistiera de diferente manera, ha todo lo que me pedía yo le decía no.

Los días que estuve viviendo en casa de mis

Padres, no me preguntaron con quién me iba a casar, creo que no les importaba, les daba igual.

Cuando lo tuve todo arreglado me despedí de todos y me volví a ir.

Mi meta desde la juventud era llegar hasta dios. Yo sabía que en casa de mis padres eso iba a ser imposible. Solo los o cegaba el dinero y las riquezas. Recuerdo cuando yo era niño y llevaba a mi casa a mis amigos pobres, la mujer que me cuidaba tenía órdenes de no dejarlos entrar.

Tardé días en llegar a la India por la manera de viajar que tenía, llevaba todo lo necesario para hacer un matrimonio por lo civil.

Flor era el nombre de mi prometida, ella no se unía a mí si no era por matrimonio. Yo la amaba mucho y quería pasar mi vida junto a ella. Era una muchacha encantadora, bella y tímida.

Nos casamos y nos fuimos a vivir a una pequeña casa que yo tenía.

Flor creía en el mismo dios que yo. Cuando la

conocí era casi una niña. Estaba cerca de mi casa en el campo, recuerdo que le pregunte.

-¿Qué haces aquí?.

-Vengo a menudo a escuchar la voz de dios-
respondió con sonrisa de niña.

-¿Por este lugar se oye la voz de dios?- pregunté.

-Aquí estamos en la naturaleza, es más fácil oírla que en la ciudad, la gente habla alto y no se puede oír- dijo con la mirada brillante y llena de amor.

-¿Qué te dice dios?- pregunte.

-Me dice cosas bellas y cosas tristes de todo lo que se hace mal.

Sin darme cuenta me enamoré de esa niña casi mujer. Solo hacía que pensar en su carita dulce de piel morena, en sus ojos negros y grandes y boca bien marcada. Le dije.

-Ven más a menudo para hablar con dios, yo también quiero hablar con él.

Cuando Flor me dijo que iba al campo para hablar con dios, yo sabía que se podía hablar con él porque yo también hablaba muchas veces, pero

lo que yo no sabía era que se podía oír y responder a las preguntas. Esto me lo enseñó flor, ella hizo que yo me acercara más a dios, y me enseñó cómo amarlo de la manera que ella lo amaba.

Flor venía de una familia muy humilde. Al casarnos nos quedamos a vivir en mi casa, era pequeña, me la había dejado un matrimonio que murió, yo estuve años cuidando de ellos hasta que les llegó su hora. Tenía un terreno donde yo sembraba en el pequeño huerto, teníamos lo suficiente para los dos.

Un día estábamos comiendo y llamaron a la puerta abrí yo. Delante de mí había un hombre joven y bien parecido, vestía bien con la indumentaria de la India, él me preguntó.

-¿Puedo entrar?.

-Por supuesto- dije al tiempo que me ponía a un lado para que pasara.

Yo lo miraba extrañado y me preguntaba – ¿Qué hacía un hombre bien vestido en mi casa y de una clase alta?.

Una vez dentro saludó a Flor inclinándose ante ella. Yo le pregunté.

-¿Qué quiere?.

-No soy de aquí, busco un lugar para alojarme.

-¿Quién le hablo de nosotros?- pregunté.

-Gente que he encontrado por la calle, me han dicho que ustedes podrían darme alojamiento.

-Como verá la casa es pequeña- dije – Pero ya le encontraré un sitio para dormir.

-¿Ha comido?- le preguntó Flor.

-No - Dijo con una sonrisa.

Flor puso un plato más en la mesa y lo llenó de comida. Sé sentó con nosotros a comer, después de comérselo dijo a Flor.

-¿Podrías ponerme más? Está muy bueno, hace días que no cómo.

Yo no paraba de observarlo, no me parecía normal lo que decía ni lo que estaba pasando.

Yo conocía a los ricos, sabía que ellos no iban a casa de un pobre a comer. Estaba seguro que él podía pagarse un buen hotel y un buen restaurante.

Yo lo miraba de la manera que comía, era verdad que no había comido en varios días. Él no se fijaba si yo lo estaba observando. Al terminar el segundo plato, miró a Flor y dijo.

-Estaba muy bueno, he comido bien.

Flor se levantó de la mesa, quitó los platos y cubierto, vino a sentarse a mi lado. Ella no se daba cuenta de nada era, ¡tan inocente!

El visitante me miraba a los ojos, estaba seguro de haberlos visto en otro sitio, yo trataba recordar dónde pero en ese instante era imposible.

Cuándo quise hablar él se adelantó y preguntó.

-¿No tienen hijos?.

-No – respondí.

-¿Qué tiempo hace que están casados?.

-Dos años – respondí.

-Os pegaré bien los días que esté aquí- dijo él.

No podía más soportar la situación y pregunté.

-¿Quién es usted?.

Seguía sin responderme y si dejar de mirarme a los ojos.

Me puse de pie y volví a preguntarle.

-Dígame quién es usted.

Seguía tranquilo sin responder. Al poco tiempo dijo.

-Si yo quiero que seáis ricos lo seréis.

-¡No quiero serlo! ¡ Mi esposa y yo vivimos muy bien de esta manera!.

Flor me recordó diciéndome.

-No te enfades con él, es bueno.

Yo sabía que lo era, pero no me gustó que me hablara de riquezas, precisamente dejé mi familia por esa razón.

-Andrés, siéntate y no pierdas la calma – dijo él.

-¿Quién le ha dicho que me llamo Andrés?- pregunté extrañado.

-Él mismo que me indicó que viniera aquí.

Sabía que yo tenía un carácter rebelde y difícil. Amaba a dios, era cierto, pero no dejaba que me

governara nadie a su antojo.

Flor notó que estaba molesto por lo que él me dijo. La mirada de ella estaba en nosotros dos. Era la primera vez que me vio enfadado, con ella era dulce y atento a lo que me decía o pedía.

Volví a preguntarle cómo era su nombre.

-¿Cómo te llamas?.

-Mi nombre es Israel – dijo con amabilidad.

Me quedé perplejo al oír ese nombre.

-Usted no es de aquí, en la India no existe ese nombre – dije.

No dijo nada. Miró a Flor y le dijo.

-¡Eres muy bella!. Esta noche vamos hacer un viaje los tres.

-¿A dónde vamos a ir? – preguntó Flor contenta.

-Quiero llevaros a un lugar que tenéis que conocer y también sus gentes.

Yo sabía de ante mano que ese hombre ricamente vestido no era como los demás. Su manera de comportarse era diferente y también

de hablar. Me fascinaba la manera en que miraba.

-Le pido perdón por lo de antes- dije- No me lo tenga en cuenta, soy de esa manera.

-No te preocupes por nada, yo no estoy enojado- dijo.

Había oscurecido, pronto sería de noche. Israel nos dijo.

-Seguidme.

Salió de la casa, nosotros salimos también sin saber dónde nos llevaba.

Los tres íbamos andando por el campo, llevábamos un gran trecho andado. Llegamos a una piedra muy grande, parecía una roca. Delante había una entrada, no era una puerta él, entró Flor y yo lo seguimos. Dentro había mucha luz, era clara con mucho brillo. Llegamos hasta unas escaleras de piedra, las subimos, al llegar a la penúltima, nos dijo.

-Quedaos aquí. Ahora os voy a mostrar algo que no tenéis que olvidar nunca. ¡Mirar allí en frente!.

Me dio mucha pena. Eran mis padres pobremente vestidos, también mis hermanos y hermanas. Me quedé perplejo y pregunté.

-¿Mi familia ahora es pobre?.

-Ellos siempre han sido pobres- dijo Israel-
Realmente son tal como los ve. La riqueza material los ciega.

Israel estaba pasando cómo una película que yo tenía que mirar. Cuando se fue la imagen de mi familia, se puso otra. Eran mis amigos los pobres. Iban ricamente vestidos, yo dije.

-Ellos eran mis amigos, mis padres no los dejaban entrar en casa.

-Siguen siendo pobres materialmente, pero son muy ricos en espiritualidad- dijo Israel.

Yo lo miraba, su rostro moreno y facciones angelicales hizo que le preguntara.

-¿Es usted un ángel?.

-No amigo Andrés. Soy tu maestro y también de Flor. He permanecido junto a vosotros desde que os conocisteis. Al presentarme lo he querido hacer de esta manera, con la apariencia de un hombre

Rico. Sé que no te gustan los ricos por lo avaros que son. Quiero decirte que hay ricos que realmente son ricos de todo, pero son los menos.

Salió otra imagen era una cascada de agua cristalina. Atravesaban el agua y entraban dentro, gente vestida con túnica blanca. Israel nos dijo.

-Todos ellos están limpios de pecado, es por eso que pueden entrar en el agua del creador.

Flor y yo mirábamos ese lugar hermoso y bello, nos sentíamos felices de tener ese privilegio que muchos hubiesen deseado alcanzar. Le dije.

-Flor y yo nos hemos visto entrar en la cascada.

-Así es amigo Andrés, los dos estáis limpios.

-¿Cómo es que nos hemos visto entrar en la cascada y al mismo tiempo estamos aquí?- pregunté.

-Todos tenéis veintidós senderos o caminos que representan los dobles. Cada uno tiene una misión diferente tanto en la tierra cómo en el universo. El primer doble es el jefe de los otros veintiuno que le sigue, el primero da órdenes para que todo

Funcione, pero no siempre es así. Cada uno tiene su voluntad.

Todo esto para mí era un poco difícil, no lo entendía bien y pregunté.

-¿Los veintidós dobles es uno solo?.

-Sí amigo Andrés, aunque lo veas difícil es de esa manera, pero no tienes qué olvidar que sois veintidós personalidades, y cada una hace una cosa diferente.

Flor y yo estábamos muy atentos a las enseñanzas de nuestro maestro espiritual.

Se quitó esa imagen y se puso otra.

Era la selva y todos los animales que viven en ella. Había gente que paseaba entre tanto y tanto de ellos. Las serpientes iban por su camino, leones y leonas por otro, los tigres estaban mezclados. Ninguna persona tenía miedo y andaba con naturalidad. Yo pregunté.

-¿Porqué los animales salvajes no atacan a las personas?.

-Toda la gente que veis, es buena e inocente, los animales salvajes lo saben. Esto que os estoy enseñando es para que entendáis que el universo vela por la gente buena. Hablo ahora de la gente que está unida al creador, el mal no puede hacer nada contra esas personas, el universo lo tiene prohibido.

Israel nos miraba, seguro que le hacía gracia la cara que teníamos Flor y yo. Nos dijo.

-Por esta noche ya os he enseñado bastante, ahora salgamos fuera de la roca.

Ya fuera nos preguntó.

-¿Tenéis sed?.

-Sí- dije.

-Os voy a preparar una bebida muy sabrosa.

Se sentó sobre la hierba y nos invitó a que nos sentáramos también. Levantó la mano y extrajo un vaso largo, estaba vacío. Levantó su otra mano y cogió un vaso que contenía un líquido color rosa, lo repartió en el otro y nos dio a beber. El sabor que tenía todavía no lo he identificado, no se parece

a ninguna bebida que yo haya bebido en la tierra.

Recuerdo que nos cogió mucho sueño. Flor se quedó dormida con la cabeza en mi pecho y mi cabeza sobre la de ella. Vi que íbamos volando los tres, yo cogido de la mano de nuestro maestro y Flor de la mía. Volábamos por una gran altura, todo era oscuro hasta traspasar las nubes, en ese instante todo era claridad, el sol brillaba. Pasamos por debajo de un arco color amarillo y seguidamente por un túnel de flores de todas clases y colores, desprendía un perfume muy agradable.

Al final de ese túnel nos esperaban seres muy pequeños, cómo de diez centímetros de largo y tres de ancho. Tenían alas, se desplazaban volando, sus pequeños rostros eran muy bellos. Sus vestidos color azul, les cubría los pies. Otros vestían de color amarillo y otros color verde. Eran muchos los que había.

Al llegar a ellos nuestro maestro nos presentó a todos. Unos nos recibieron con palmas, otros tocaban instrumentos musicales parecidos a pequeñas arpas. Estábamos posados en algún lugar que no era la tierra. Ellos nos acompañaban a visitar algo, íbamos por jardines muy bellos.

Frente a nosotros se alzaba un castillo dorado muy brillante. Entramos por una puerta plateada, nos encontramos en una sala grandiosa, a su alrededor había un canal de agua cristalina, al lado había una vereda de flores salvajes. Nos llevaron andando por este lugar, sentíamos un perfume muy agradable y mucho bienestar. En el fondo había un trono, estaba sentado un ser diminuto y parecido a los seres que nos acompañaban. Sus vestiduras eran diferentes, de color blanco luminoso. La cabeza la tenía adornada de piedras preciosas, a los dos lados de su cuerpo crecían flores. El canal de agua pasaba por delante, los seres que nos acompañaban se pusieron a la derecha. Israel o sea, nuestro maestro, Flor y yo, en la parte de la izquierda, de esa manera íbamos avanzando hasta el ser que ocupaba el trono. Israel le habló, dijo.

-Yo te saludo reina de las ninfas, trigo a mis amigos para que conozcan tu reino. Ellos pertenecen al reino del creador, lo siguen y lo aman.

La reina de las ninfas se puso de pie y vino hasta nosotros. Pudimos ver bien su dulce y bella carita. Acaricio el rostro de Flor y el mío, desprendía

perfume a flores. Hubo un revuelo de palomas blancas, se posaban en los hombros de la reina y también en los nuestros.

La reina pidió que le llevaran un instrumento musical, le dejaron en sus manos una pequeña arpa. Tocó para nosotros una bonita melodía que en la tierra no sé, la que es porque no la hay. Después de tocar, regaló a Flor la pequeña arpa y dijo.

-Estáis invitados a venir a mi reino cuándo queráis.

Seguidamente fue a sentarse en su trono. Nosotros nos sentamos en uno de los bancos dorados que había. Vinieron ninfas con bandejas llenas de frutos que daba ese reino. Las pasaban para que fuéramos cogiendo y comiendo. Después de probarlo todo, nuestro maestro nos dijo que teníamos que regresar.

Nos despedimos de la reina y de todos aquellos seres fantásticos que tanta felicidad llevaban con ellos.

Vi cómo regresábamos a la roca. Abrí los ojos, Flor estaba junto a mí y nuestro maestro también. Ella y yo nos frotábamos los ojos, despertábamos

los dos de nuestro sueño. Miré las manos de Flor, en ellas sostenía la pequeña arpa que la reina de las ninfas le regaló.

Miré a nuestro maestro y pregunté.

-¿Todo lo que hemos visto a sido un sueño?.

-Sí, amigo Andrés, pero un sueño real. Cuando sueñes y veas bellezas cómo esta de esta noche, es auténtico.

-Lo que nos has mostrado ¿Existe?- pregunté.

-Sí, pero en otras dimensiones, el cuerpo físico no puede traspasarlas si no es dado por un sueño. Todavía hay más lugares que quiero enseñaros y que pertenecen al reino de dios.

Flor miraba su pequeña arpa y dijo a Israel.

-Esta diminuta arpa la llevaré siempre conmigo y la querré porque es un regalo de este sueño.

Ya era de día, habíamos estado viajando toda la noche. Tanto Flor cómo yo éramos muy felices. Yo en particular lo tenía todo, una esposa que yo adoraba y, era rico en espiritualidad gracias a ella.

Los tres nos fuimos a casa con los primeros rayos de sol. Al llegar nos esperaban dos personas para que les vendiéramos hortalizas y frutos que nos daba la pequeña huerta. Se los vendí y se fueron.

-Me quedaré unos días más con vosotros- dijo nuestro maestro.

-Estamos encantados de tenerlo aquí- dije.

Flor se metió en la cocina y empezó a preparar la comida, quería salir de la rutina de cada día y poner en la mesa platos más variados para Israel.

La casa era pequeña. Flor preparó una cama en el lugar que yo dormía cuando estaba soltero, ahí se quedaría los días que quisiera nuestro maestro espiritual. Yo le pregunté.

-¿Podemos esta noche tomar otro líquido para visitar otros lugares?.

-Dejemos que pase unos días, entonces volveremos a viajar- dijo él.

Nuestro maestro llevaba dos días en casa, en ese tiempo nos enseñó a meditar, yo pensaba que

sabíamos, los años que lo estábamos haciéndolo Flor y yo, nos sentábamos en un gran cojín, cerrábamos los ojos para no pensar en nada, y así nos quedábamos más de una hora.

Nuestro maestro no aceptó ese modo de meditar y dijo.

-Lo que estáis haciendo es armonizar vuestra energía que también es necesario, pero hacer meditación es admirar la creación divina y recrearse en las maravillas que dios y la madre naturaleza crearon. Hay que pararse con la mente en cada punto divino, respetarlo y quererlo. Cuándo alcancéis ese punto de toda la creación, lo que pidáis en el nombre del creador será concedido.

Una noche estábamos meditando cómo nuestro maestro nos enseñó. De pronto se oyó la voz de Flor que hablaba con alguien, también se oía la otra voz, no era la de Israel que hablaba con ella. Yo abrí los ojos y la miré, seguía manteniendo una conversación al tiempo que sonreía. Israel me hizo una señal para que no dijera nada y volviera mentalmente a la creación divina. Así lo hice, y al

contemplar la belleza de ríos y montañas, La maravillosa creación quiso que yo viera quién hablaba con Flor. Era una diosa muy bella, los cabellos dorados cómo el sol cubría su espalda y parte de sus hombros y senos. El color de sus ojos eran color cielo, su tez blanca. Sobre la cabeza llevaba una diademas de rubíes y esmeraldas, el color de su túnica amarilla. Estaba sentada junto a Flor, la conversación que mantenían era muy agradable. Era consciente que estaba viendo una visión. Ese bello ser existía, era real en el mundo de la creación. Me di cuenta que Flor estaba más avanzada que yo, ella fue la que me enseñó todo lo que yo sabía.

Vi que esa hermosa diosa se despidió de Flor traspasó la pared y desapareció.

Flor miraba a Israel y a mí, nos preguntó.

-¿Habéis hablado con la diosa de la virtud?.

Nuestro maestro espiritual no dijo nada. Yo me limité a decir.

-No he hablado con ella pero la he visto y le doy las gracias por dejarme que la vea.

Nuestro maestro nos anunció.

-Pronto tengo que irme, todavía tenéis cosas que aprender y quiero enseñáros las. Una de ellas es cómo trabajar para dios. No basta solamente hablar con él, quiere obreros que lleven su nombre por toda la tierra y que se le conozca. El trabajo que se haga para dios es muy importante para él.

Israel hizo una pausa. Miraba a Flor y a mí. Yo le dije.

-Para Flor y para mí, dios es todo, sin él, no sabemos ir por la vida. Sí se nos cierra una puerta, sólo con mirarla se nos abre. Nosotros no somos personas de ir a templos a rezar. Dios está en todos lados, dentro de las casas, en el campo, en las montañas, en los ríos y en el mar. Dónde estemos allí está dios.

Nuestro maestro afirmó al tiempo que sonreía, y dijo.

-De esa manera quiere dios a las personas, sencillas, corrientes y honestas. Dios no soporta a la persona que miente y que engaña ¡Sí se diera

cuenta de la suciedad que arrastra! Se repetiría mil veces ¡No voy a mentir más!.

-¿Qué lleva detrás y arrastra?- pregunté.

-El reino de las tinieblas. Son cómo telas de arañas oscuras, los van envolviendo y les piden que mientan cada vez más, porque el reino de las tinieblas se alimenta de las mentiras y engaños. El rey que lo habita sólo pide eso para su bienestar y, el necio cae en la trampa, se encuentra bien mintiendo.

Israel hizo una pausa, luego nos dijo.

-Os he enseñado que es la mentira y quién la lleva consigo. Tenéis que practicar siempre la verdad para que no se os olvide. El ser humano es muy débil y rápidamente puede caer en lo más profundo del abismo.

Flor hizo una sabrosa cena. Los tres comimos con apetito.

Habíamos acabado de cenar y llamaron a la puerta. Yo fui abrir, delante de mí había una mujer

mal vestida. Me pidió algo para comer, le dije que entrara y comiera, Flor todavía no había quitado la mesa y puso un plato con comida para ella. Se sentó con timidez a la mesa y empezó a comer. Mientras comía nos observaba a los tres, se fijaba en nuestro maestro bien vestido y en nosotros con presencia de gente sencilla. Israel le preguntó.

-¿De dónde vienes buena mujer?.

-Vengo de muy lejos, llamo en las puertas y nadie me abre, ¿Sabe usted que estoy bendecida?.

Israel con una sonrisa le preguntó.

-¿Quién te ha bendecido?.

-Hace sólo un par de horas, yo venía por un camino, un ángel a salido a mi encuentro, tenía apariencia de hombre. Posó sus manos en mi cabeza y me dijo – Sigue, más adelante te están esperando y todos tus males van a desaparecer.

Flor estaba sentada a su lado, le preguntó.

-¿Sabe usted quién la espera?.

-No lo sé hermosa joven, pero creo en las palabras del ángel.

-¿Cómo era el ángel?- pregunté.

-Cómo todos los ángeles, tenía el cabello largo y dorado cómo el sol. También alas y vestía de color azul, su rostro era igual a la de un hombre.

Yo miraba a esa humilde mujer y pensé – ¡ Ella es muy rica!. Israel captó mi pensamiento, me miró y afirmó.

Yo me senté más cerca de ella y le pregunté.

-¿Ve a menudo esos ángeles?.

-Sí hijo, desde que era una niña. Jamás les pedí riquezas, siempre les decía qué quería trabajar para ellos. Quería ser libre yendo de ciudad en ciudad hablando de su reino y del reino de dios.

Nunca quise coger a un hombre por esposo, no sería libre para hacer este trabajo que tanto me gusta y tanta paz me ha dado.

Yo no paraba de mirar a esa humilde mujer, yo la estaba adorando. Por mi mente pasó un pensamiento – Podría quedarse a vivir con

nosotros. Israel otra vez captó mi pensamiento, me miró y afirmó. Él me dijo.

-Amigo Andrés, es aquí donde el ángel ha enviado a esta humilde y buena mujer. Ella ya ha trabajado lo suficiente para el creador.

Flor vino hasta mí, acarició mi cabeza y seguidamente la puso en su pecho. Yo no pude contenerme y lloré pensando en la grandeza de dios. Era cierto lo que nos dijo Israel, que dios no abandona a sus hijos.

La anciana cogió mi mano y me dijo.

-Hijo, no llores por mí. He sido siempre muy feliz, no me casé porque no quise. Tú esposa y tú sois muy jóvenes, aún tenéis mucho que aprender.

Cogí la cabeza de la anciana y la besé en la frente, le dije.

-Tengo que hacerle muchas preguntas sobre el reino de dios, usted deba saberlo con todo el contacto que ha tenido de ángeles.

La anciana cogió también la mano de Flor, le preguntó.

-Tienes padres?.

-Sí, buena mujer, viven al otro lado de la ciudad.

-No me llaméis buena mujer, mi nombre es María.

Después maría miró a Israel, le preguntó.

-Tú no eres de aquí ¿Verdad?.

Israel con su sonrisa dulce le dijo.

-Tú bien sabes que no. Esta noche tengo que irme. Has llegado aquí para reemplazarme. Ahora te toca a ti seguir enseñándoles.

Nuestro maestro se puso de pie para marcharse. Miraba a Flor y a mí con la ternura que lo caracterizaba, nos deba mucha paz. Se acercó a Flor y besó su frente, luego vino a mí e hizo lo mismo. Cogió la mano de María y la besó con sumo respeto. Nos dijo a los tres.

-Quedaos con la paz del creador que también es la mía.

Nos echó una gran sonrisa y salió de la casa.

Flor y yo salimos hasta la puerta para decirle adiós pero no lo vimos.

Entramos en casa, María nos miraba contenta. Ella ya había encontrado a su familia, la familia que dios eligió hasta que la llamara a su lado.

Flor preparó el dormitorio para María, era el mismo que había dormido nuestro maestro. Los tres nos fuimos a dormir dándonos un beso.

A la mañana siguiente Flor tenía preparado un buen desayuno. Desayunamos los tres juntos. Me di cuenta que María comía muy poco, la noche anterior se comió la mitad del plato que Flor le puso. Yo le pregunté.

-¿Por qué comes tan poco?.

-Mi organismo no necesita más- respondió.

Seguíamos los tres en la mesa acabando el desayuno, oímos una nota de arpa que venía de fuera de la casa, me puse de pie y fui a ver qué era. Delante de mí había un ser muy bello con

apariencia de anciano pero era joven. El cabello largo y blanco, los ojos azules cómo un día soleado, el rostro de un hombre joven transmitiendo mucha paz. Vestía con túnica dorada. Yo me puse a un lado para que entrara en casa. Flor y María al verlo se pusieron de pie. Se acercó a ella y le dijo.

-María, madre de todos los hombres. Vengo a darte yo también mi bendición. Tú trabajo en la tierra ha sido muy duro y difícil para una mujer que siempre ha ido hablando del creador y de su creación. Que has amado la vida y a la madre naturaleza las has querido y respetado. Este es tu último trabajo aquí en la tierra, cuándo Andrés y Flor hayan aprendido todo lo que tienen qué saber, te llamaré. Cuando vuelvas a nacer en la siguiente vida, traerás la misma misión que estás terminando ahora. Yo te bendigo.

Este ser se acercó a María y besó su frente. Seguidamente nos miró, nos sonrió y nos dijo.

-¡Quedaos en paz!

Fue hasta la puerta y salió de la casa.

El rostro de María radiaba de felicidad. Sus ojos llorosos por la vejez brillaban.

Flor cogió la mano de María y le preguntó.

-Madre ¿Quién es ese ser tan bello que ha venido a visitarte?.

-Hija no puedo decirlo. Busca en tu corazón y encontrarás la respuesta- dijo María al tiempo que acariciaba el rostro de Flor.

Cogí la mano de María nuestra madre espiritual, le dije.

-Anoche Israel nos llevó al reino de las ninfas, nos hubiera gustado quedarnos más tiempo.

-Yo voy a menudo, la próxima vez que vaya os llevo. Ahora quiero enseñaros otros lugares que no habéis visto.

Hacía dos días que María vivía en casa, era cómo tener un ángel con nosotros. Flor y yo la adorábamos. Era muy anciana pero con un carácter risueño y juvenil, siempre estaba de buen humor. Era normal que ella fuera de esa manera, nadie en la tierra podía contar las cosas que ella sabía y el

contacto qué tenía con los ángeles del cielo. Tanto para Flor como para mí, María era lo más grande que teníamos en la tierra. Ella hacía con nosotros la misma meditación que hacíamos con Israel, no le dijimos de la manera que era, ella lo sabía, tenía la misma línea que Israel.

Una noche dijo que nos preparáramos para visitar un lugar mágico. Ella hizo una bebida muy sabrosa, los tres bebimos y nos quedamos dormidos en el lugar que hacíamos la meditación.

Los tres íbamos andando por el campo cogidos de la mano. No era de noche si no de día con un sol radiante que iluminaba. Al llegar a una gran arboleda, en medio había una cueva, entramos tenía escaleras para bajar. Al llegar a la última, María nos dijo que miráramos abajo. Nuestra impresión fue grande al ver que en las profundidades había un templo de mármol blanco muy brillante. Había que bajar por unas escaleras en forma de caracol, eran estrechas, las fuimos bajando, María iba delante, Flor detrás y yo el último, después andamos hasta llegar a la puerta del templo. María nos indicó que teníamos que ir

cogidos de la mano. Al entrar en el templo, había un guardián, era un ángel como el que ella decía que veía. El ángel al verla la saludó, por lo visto iba muy a menudo allí.

Me llevé una sorpresa, a la derecha había tres leones blancos, ellos nos observaban según íbamos andando. Yo estaba tranquilo, sabía que los leones pertenecían a ese reino. Por dónde íbamos pasando las paredes estaban cubiertas de flores, crecían por las paredes hacia fuera. Nuestra sorpresa seguía al descubrir que en el techo alto en forma de bóveda habían muchos animales pequeños que se desplazaban de un sitio a otro, eran de muchas clases. Había animales salvajes y de los más mansos que se conocen, todos estaban juntos, sin faltar las aves de varias especies.

Pasamos de ese lugar por una puerta de mármol blanca, allí habían muchos animales de todas razas y ángeles que los guardaban. Eran muy bellos, de cabello dorado y largo hasta la mitad de la espalda.

María nos hizo una señal para que nos detuviéramos, los ángeles venían hacia nosotros. Eran siete, cada uno llevaba en la cabeza una diadema de piedras de diferentes colores.

Era difícil contemplar tanta belleza, los rayos de luz que desprendían nos deslumbraban. Uno de los ángeles se dirigió a María y le dijo.

-Ya hacía tiempo que no te venías aquí.

-La próxima vez que venga será para quedarme-
respondió ella.

Otro ángel puso en la mano de María una flor que yo jamás había visto. Otro se acercó a ella y le dijo una frase bonita. De pronto María dejó de ser anciana y se convirtió en una joven muy bella. Flor y yo nos mirábamos, no sabíamos qué decir.

María no se extrañó de ver nuestra reacción, nos miró y nos dijo.

-Hijos, soy María la anciana que conocéis de la tierra. Cuando vuelva para quedarme aquí, seré cómo me estáis viendo ahora.

Los siete ángeles le decían frases bonitas, me daba envidia de no ser cómo María, y al mismo tiempo pensaba todo lo que tuvo que sufrir en la tierra llevando el nombre del creador por todos lados. Flor y yo estábamos muy lejos hasta llegar al nivel de nuestra madre espiritual, quizá nos faltaba

vivir más vidas. La amábamos mucho, y sólo hacía dos días que estaba con nosotros.

Nos despedimos de los siete ángeles, nos regalaron una flor. Seguidamente salimos del templo. El ángel que estaba haciendo guardia en la entrada, dio a María un beso en la frente, a nosotros nos echó una sonrisa.

Subimos por las escaleras de caracol, y después las otras, salimos de la cueva. Íbamos andando por el campo y al llegar a la puerta de nuestra casa, despertamos.

Los tres nos mirábamos. Flor y yo no quitábamos la vista de María, era una anciana con la cara llena de arrugas y los ojos llorosos por los años que tenía.

-Madre, se cómo eres y cómo es tu reino- le dije.

Ella me miraba sin decir nada, su alegre sonrisa la hacía cómplice de lo que le estaba diciendo.

María nuestra madre espiritual estuvo cinco años con nosotros, en ese tiempo nos enseñó muchas cosas importantes, no sólo del reino que ella venía, también de otros. Ella era una maestra igual que lo

Era Israel. Cuando ella nos dejó, Flor estaba embarazada, a los tres meses después nació nuestra hija, le pusimos de nombre María.

Ahora nuestra hija nos acompaña en todo lo que hacemos. Desearía que ella fuera cómo María o por lo menos que se aproximara, sólo el creador lo sabe.

La noche antes que María nos dejó para ir a su reino y vivir cerca del creador. Hacía más de un mes que estaba en cama, no se podía levantar. Flor y yo nos ocupábamos de ella día y noche.

Era de madrugada, me levante para ver como estaba, en su rostro había mucha paz, me miraba sin decir nada, yo le pregunté.

-Madre ¿Qué ocurre?.

-Llama a Flor, dile que venga- dijo con un hilo de voz.

Fui a despertar a Flor, a los pocos minutos estábamos junto al lecho de nuestra madre espiritual. Ella extendió sus manos para que las cogiéramos y nos dijo.

-Hijos, es la hora de que vaya junto al creador, me está llamando. Yo hubiera querido enseñaros más cosas de las que sabéis, pero no me ha dado tiempo. Quiero que sepáis que allí donde esté, os estaré viendo, os aconsejaré en lo que vea que no sabéis. Hacer las cosas fáciles para que todo os salga bien, los senderos del señor de la creación son fáciles de entender, el que no los entiende es porque no quiere.

Cuando mi cuerpo ya no respire en la tierra, quiero que lo quemen para que sea purificado.

Nuestra madre espiritual hizo una pausa. A mí me resbalaban las lágrimas por las mejillas. Flor lloraba desconsoladamente, hubiésemos dado lo poco que teníamos para que se hubiera quedado para siempre con nosotros.

María nos dijo con voz dulce.

-Hijos no llorar, no estéis tristes, yo no lo estoy. Quisiera que nuestra despedida fuera alegre. Os voy a cantar una canción que un ángel me enseñó cuando yo era niña para que la cantéis siempre que necesitéis ayuda, dice así.

Mi nombre es maría,
Lo digo con mucha alegría.
El ángel me llevaba de su mano,
Íbamos los dos andando y cantando.
Nos paramos en una fuente
Para beber de su agua cristalina y
Sentarnos junto a ella para
Meditar el resto del día.
No me dejes mi ángel, llévame de
Tu mano cogida todos los días.

Nuestra madre espiritual terminó las frases de la canción que le enseñó un ángel.

Estaba muy cansada, no respiraba bien, lo hacía con mucha dificultad, después cuándo pudo hablar nos preguntó.

-¿Habéis aprendido la canción?.

-No se nos ha quedado toda, algunas frases sí-
dije- Después trataremos recordarla. Ahora descansa.

María no dijo nada, ella sabía que no podíamos aprenderla de una sola vez.

Flor y yo seguíamos cogidos de sus manos. Nos miró y nos echó una sonrisa, después cerró los ojos.

Creíamos que había cerrado los ojos porque quería descansar. Pasados unos minutos nos dimos cuenta que nos había dejado.

Estuvimos el resto que le quedaba a la noche, junto al cuerpo de nuestra madre espiritual.

Flor tenía la mano de María pegada a su frente con la cabeza echada en el borde de la cama. Yo estaba en la misma posición. Los dos llorábamos en silencio, aunque María nos dijo que no lo hiciéramos, no lo podíamos evitar. Al día siguiente y también la noche, la pasamos junto al cuerpo de nuestra madre espiritual. Al tercer día se incineró, todo lo hicimos cómo ella nos dijo.

Flor y yo nos quedamos solos. Una noche después de la meditación, hicimos la bebida que María nos enseñó y fuimos al reino de las ninfas. Todo ese mundo desconocido por los ojos humanos es ¡Tan bello y maravilloso! Que si lo descubrieran estarían siempre yendo.

Poco tiempo después que nuestra madre espiritual nos dejara, Flor se puso de parto, nos nació una niña, le pusimos de nombre María en recuerdo a nuestra madre espiritual.

Nuestra hija María se criaba con mucha salud, era hermosa y bella cómo su madre. Desde que era pequeña nos veía hacer meditación, ella seguía nuestro ejemplo. La noche que Flor y yo hacíamos viajes astrales, se cogía de la mano de uno de nosotros y nos acompañaba. Nos dimos cuenta que su espíritu estaba muy avanzado. A veces la seguíamos en el astral, ella entraba en lugares que nosotros no conocíamos, y los llegábamos a conocer porque la seguíamos y entrábamos con ella. Cuando despertábamos, lo primero que hacíamos era ir a ver cómo estaba nuestra hija. La encontrábamos todavía dormida en su cama, parecía un ángel con la sonrisa en los labios.

María había cumplido doce años. A esa edad era una niña muy desarrollada y con una belleza que a mí cómo padre me daba miedo que algún depredado la estuviera vigilando para hacerle algo. Ya no vivíamos solos en el campo, había gente que

se había hecho su casa cerca de la nuestra.

La clase de gente que allí vivía no era cómo nosotros. Uno de los vecinos más próximo tenía dos hijos, uno de quince años y el otro de diez.

El mayor de los dos hijos le gustaba mucho estar junto a María, ella también buscaba la compañía del muchacho.

Una tarde yo trabajaba en el pequeño huerto que teníamos, vi que el joven iba en dirección a nuestra casa cantando una canción, lo que entendí de la letra era, mi nombre es María. Yo dejé sobre la tierra la herramienta que tenía en la mano y fui a su encuentro, dije.

-¡Eh! Joven ven aquí.

El muchacho se paró y me preguntó.

-¿Qué quiere?.

-Continua cantando esa canción- dije.

El muchacho se quedó sorprendido y dijo.

-Esta canción me la ha enseñado su hija, ella siempre la canta cuándo está conmigo, los dos la cantamos.

Tuve que mentir para que él no sospechara nada, le dije.

-Esa canción se la ha enseñado mi mujer, su madre sabe muchas canciones.

El muchacho no dijo nada, siguió andando y cantando la canción. Llegó a la puerta de mi casa y llamó a mi hija, ella salió, los dos se sentaron en el escalón de la puerta.

Yo fui en busca de Flor para contárselo, dijo.

-Me acuerdo de algunas frases, pero no de toda la canción.

-Yo también recuerdo algunas- dije- Le diremos a María que nos la cante para ver si es la misma que nos cantó antes de morir nuestra madre espiritual.

María y su amigo seguían sentados en el escalón de la puerta hablando, de súbito vimos que se pusieron de pie y empezaron a andar en dirección al campo.

-¿A dónde van?- pregunté a Flor.

-Cada tarde dan un paseo- dijo ella.

-¡De eso nada!- respondí contrariado.

Di un grito a María y la llamé. Ella se dio la vuelta y dijo cómo si lo supiera.

-Dentro de poco vuelvo.

Me puse a correr hasta llegar a ellos, me planté delante de mi hija y le dije.

-Vuelve conmigo a casa.

María me miraba con tristeza, me dijo.

-Papá, vamos al encuentro de un ángel, el otro día le prometí que hoy llevaría a mi amigo para que lo conociera.

Yo miraba a los dos muy extrañado y dije.

-Mamá me ha dicho que cada tarde salís los dos a dar un paseo, tú amigo tiene que conocer al ángel.

-Aunque viene conmigo no lo ha visto nunca, hoy lo va a ver.

-María ¿Cómo es ese ángel?- le pregunté.

-Los ángeles se parecen todos ¿No has visto ninguno?.

Me di cuenta de mi torpeza, cogí la cabeza de

mi hija y le di un beso en la frente, le dije.

-Sí hija he visto cómo es un ángel.

El muchacho me miraba un poco extrañado. Puse mi mano en su hombro y le dije.

-Tienes mucha suerte de tener a María contigo.

El joven afirmó al tiempo que sonreía.

-Hija, podéis continuar- dije.

Los dos siguieron andando, vi cómo daban la vuelta hacia la pradera y los perdí de vista.

Volví al huerto y continué trabajando la tierra. Flor se había quedado en la puerta de la casa observando qué sucedía. Fue a buscarme al huerto, me preguntó.

-¿Qué ha sucedido?.

La miré fijamente, ella me miraba extrañada.

-¿Qué ha pasado?- me preguntó de nuevo.

-¿Te acuerdas de ese ser que llegó a casa estando nuestra maestra espiritual?.

-Sí, lo recuerdo bien ¿Por qué lo dices?.

-Él dijo que ella era la madre de todos los

Hombres, y que cada vez se reencarnaba en lugares diferentes para dar testimonio del creador. Ella al llegar a casa nos dijo que venía de muy lejos.

-Sí, me acuerdo perfectamente. Dime ¿Qué quieres decir con eso?.

-Estoy seguro que nuestra hija es la reencarnación de María, nuestra madre espiritual.

Flor se quedó perpleja, pasados dos minutos dijo.

-Nuestra hija nació dos meses después que ella nos dejara.

-Aunque hubiese trascurrido un mes, nuestra madre espiritual era una alma bella y libre.

Flor no entendía muy bien y dijo.

-Nuestra madre espiritual cuándo nos dejó fue aquí, y nuestra hija ha nacido aquí también, no ha sido en un lugar diferente.

Flor y yo nos mirábamos, de sus ojos brotaron dos lágrimas. Se abrazó a mí y me dijo.

-Pronto nuestra hija se irá y nos dejará. Tú y yo sabemos cómo será su vida hasta que el creador

la llame, ¿Lo debe saber ella?.

-Sí cariño, creo que lo sabe. Estoy seguro que no nos ha dicho nada para no vernos tristes. Tenemos que ser los dos fuertes y esperar a que ese día llegue.

Aunque sabíamos que era un trabajo extraordinariamente bello, era nuestra hija y por nada del mundo hubiésemos querido que se separara de nosotros. Flor me preguntó.

-¿Hará tiempo que se comunica con los ángeles?.

-Sólo ella lo sabe, jamás ha dicho nada.

Salimos del huerto y fuimos a sentarnos en sillas a la puerta de casa, esperábamos a que María volviera con su amigo. Pasado un rato vimos que venían muy contentos, hablando y riendo.

Yo la miraba y pensaba - ¡Dios mío, si sólo es una niña con el cuerpo de mujer!.

Al llegar a la puerta de casa, el muchacho se despidió de nosotros y se fue.

Entramos en casa, la intención de Flor era hacerle

preguntas sobre cosas que ella no nos decía.

Nos sentamos los tres alrededor de la mesa. María nos miraba con cara de felicidad, sus ojos desprendían un brillo especial que daba luz en el recinto que estábamos. Flor le preguntó.

-Cariño ¿Eres feliz?.

-Sí mamá, muy feliz.

-¿A dónde has ido con tu amigo?.

-Hemos ido a ver a mi ángel preferido, mi amigo lo ha visto y le ha hablado.

Antes que Flor siguiera y le pregunté.

-¿Hace tiempo que ves a esos ángeles y no nos has dicho nada?.

-Hace tres años que tengo contacto con ellos. No os he puesto al corriente, para que no sufráis, a parte creía que lo sabíais.

María era también un ángel, su belleza lo hacía ver, su rostro era angelical. Yo le pregunté.

-¿Por qué dices que hoy has ido a ver a tu ángel preferido?.

María nos miró y se rió, luego dijo.

-El día que viene él, juega conmigo. Me enseña a cantar canciones muy bonitas y me hace regalos.

-¿Qué regalos te hace?- le pregunté.

-Vamos a la pradera que hay más cerca, coge las flores más bonitas y me hace una corona. Me la pone en la cabeza. Sus manos desprenden un perfume muy agradable.

Intercambie mirada con Flor, ella le preguntó.

-¿Con los demás ángeles no juegas ni te hacen regalos?.

-Los demás ángeles son los que me guían y, me dicen la manera que tengo que comportarme. Me están educando para un viaje largo que dicen tengo que hacer dentro de pocos años.

Flor cogió las manos de nuestra hija, las besaba al tiempo que por sus ojos caían lágrimas.

-Mamá ¿Por qué lloras?- preguntó.

Flor sin poderse retener le preguntó.

-Cariño, ¿Tú quieres hacer ese largo viaje con los ángeles?.

-Sí mamá, lo estoy deseando, tengo gana que

llegue el momento, ¿Te das cuenta que es ir acompañada de ángeles? Me han dicho que voy a conocer toda la tierra y muchos lugares que vamos a visitar.

Tanto Flor cómo yo llorábamos. Los dos nos dimos cuenta que nuestra hija era María nuestra madre espiritual. Ella era feliz de volver de nuevo a trabajar para el creador.

Nuestra hija a la edad de doce años tenía grandes conocimientos espirituales, teníamos la certeza que sabía mucho más que Flor y que yo. Estoy seguro que no nos decía nada para que no nos sintiéramos menos que ella. Su inteligencia pasaba los límites.

El amigo de nuestra hija María, cada vez estaba más unido a ella. Sus padres vinieron a decirnos que su hijo estaba un poco trastornado desde que se veía con nuestra hija. Le habían prohibido al muchacho que se viera con ella. Todo fue en vano, los dos salían por la tarde a dar su paseo, hablaban, reían y se divertían. María era muy simpática y alegre, siempre estaba riendo y de buen humor,

parecía que el mundo lo tenía a sus pies, en realidad era así.

Otra vez vinieron los padres del amigo de María para que fuéramos nosotros quién prohibiéramos la salidas de nuestra hija con el hijo de ellos. Nos negamos rotundamente hacer eso. María era una niña muy buena y cariñosa, la única amistad que tenía era la de su amigo, ellos se contaban cosas y eran cómplices de muchas.

Los padres del muchacho nos dejaron de hablar. Desde nuestra casa se oía los golpes e insultos que el muchacho recibía por parte de sus padres. Nosotros estábamos muy apenados por él, no podíamos hacer nada, sólo decirle a nuestra hija que no se viera con su amigo para evitar que sus padres lo maltrataran. Tampoco funcionó, ellos seguían viéndose. Flor y yo pasábamos mucho miedo por su amigo. Estoy seguro que María y él estaban enamorados, pero María era una niña muy sensata y sabía que había nacido para servir al creador. Flor y yo lo comentábamos a veces, tanto dolor sentíamos por nuestra hija que por su amigo. Era un amor frustrado y sin remedio para ninguno de los dos.

María había cumplido diecisiete años, ya era una mujer muy bella. Flor y yo sabíamos que no tardaría mucho en dejarnos.

Era una noche fría de lluvia. Habíamos acabado de cenar. Los tres nos habíamos sentado junto a la chimenea. En esos instantes llamaron a la puerta, yo abrí. Delante estaba el ser que vino una noche a bendecir a nuestra madre espiritual. Yo cuándo lo vi, casi caigo al suelo, Flor se echó a llorar.

Nuestra hija fue hasta él y le hizo una reverencia. Él le dijo.

-Amada María, mi buena María. Otra vez tienes que volver a caminar para que vayas dando testimonio del creador, de la creación y de todos los reinos que viven dentro. No vas sola, conoces a los ángeles que te van acompañar en todo tu trayecto de vida aquí en la tierra. También llevas mi amor, sin él no podrías hablar del reino de la creación.

María estaba inclinada delante de este ser mientras él le hablaba. Él la cogió por los hombros y la levantó, le dio un beso en la frente, le dijo.

-Yo te bendigo y te doy mi paz. Ahora despídete de los que han sido tus padres aquí en la tierra.

Flor y yo estábamos abrazados y llorando de ver que esa noche se nos iba nuestra hija María. Ella se acercó a nosotros y nos dijo.

-Quiero que seáis tan felices cómo lo soy yo. Siempre estaré bien y de nada me va a faltar. Voy hacer el trabajo que hago siempre. Yo dónde esté os estaré viendo, no hagáis que yo me sienta triste de ver que uno de los dos, os encontréis mal porque yo no estoy. Quiero bendeciros por haber sido conmigo los mejores padres de la tierra.

Nuestra hija nos abrazó y por último nos dio un beso en la frente cómo bendición. Seguidamente fue al lado de él ser que la estaba esperando. Él puso la palma de sus manos frente a nosotros, de ellas salió un chorro de luz y nos envolvió. Dijo.

-Vuestra misión en la tierra ha terminado, no quiere decir que ya tengáis que iros. Todavía sois jóvenes, disfrutar de la vida y de todo lo que tenéis.

Ahora os bendigo y os dejo mi paz y mi amor.

Vimos muy desconsolados cómo salían de la casa. Flor y yo seguíamos abrazados y llorando la perdida de nuestra hija, pensábamos de esa manera porque era nuestra hija, pero sabíamos que esa era su vida al nacer, ir por toda la tierra hablando del creador y de su creación. Al rato nos dimos cuenta que llorar y estar tristes no era lo más adecuado para la felicidad de nuestra hija María.

Al día siguiente vino el amigo de nuestra hija en busca de ella. Teníamos que decirle la verdad pero no sabíamos cómo decírselo. Nosotros que éramos sus padres no estábamos preparados, y aún menos él que era su amigo. Le dijimos que entrara, yo traté de ser lo más breve posible, le dije.

-María no está, y no vendrá más.

El muchacho se quedó sin entender nada.

-¿Qué quiere decir?- preguntó confuso.

-María se ha ido para siempre- dije- Anoche vino un ser muy especial y se la llevó. Ella aunque haya

nacido en la tierra no pertenece a ella ni a nadie de nosotros, ¿Sabías que María es de esa manera?.

El muchacho con lágrimas dijo.

-¡Yo la quiero! ¡Le dije un día que estaríamos siempre juntos, y que nada nos iba a separar!.

Flor fue al lado del muchacho para darle ánimos, no quiso escucharla ni saber nada, salió de la casa y echó a correr hacia el campo. Yo fui detrás de él para hacerlo venir en razón, pero era más joven y corría más. Vi que fue hacia la pradera y lo perdí de vista. Fui a casa de sus padres y los puse al corriente de lo que ocurría. Ellos se pusieron cómo fieras. Me hicieron todos los reproches que se le puede hacer a un padre. Me dolía mucho todo lo que me decían, nada era verdad. Tanto Flor cómo yo fuimos unos padres ejemplares para nuestra hija, la criamos con mucho cariño y amor.

Durante dos días fuimos acosados por los padres del muchacho y por los demás vecinos de haber dejado a nuestra hija que se fuera de casa con sólo diecisiete años.

A los dos días apareció el muchacho, estaba demacrado de no haber comido ni dormido en

tiempo ese tiempo y de haber estado llorando. Lo primero que hizo fue venir a nuestra casa. Tanto Flor cómo yo nos alegramos mucho de verlo, aunque había sufrido, estaba bien. Nos dijo.

-He estado con el ángel que María me presentó. Me ha puesto al corriente sobre la vida de ella. Dice que no debo llorar porque ella es muy feliz.

-Ahora vuelve a tu casa, tus padres hace dos días que te están buscando.

El muchacho se acercó a Flor y le dio un beso en la frente. Le dijo.

-He amado mucho a María y la seguiré amando. El día qué conozca a la mujer que comparta mi vida, no podré quererla cómo la he querido a ella.

Seguidamente el muchacho se fue para su casa. Desde la nuestra oíamos los gritos que sus padres le daban. Mencionaban el nombre de nuestra hija para insultarla. El muchacho la defendía y pedía a sus padres que la dejaran en paz.

Estuvimos acosados por los vecinos durante un tiempo. Nosotros no dijimos a ninguno la verdad de lo ocurrido, eran cómo herejes, no entendían nada.

MARÍA

La noche que dejé a mis padres, se quedaron tristes y llorando abrazados. Yo estaba muy feliz de ir dónde el creador quisiera y dónde me dejara, también estaba triste de dejar a los que fueron mis padres en la tierra esta vez, pero la voluntad del creador es muy grande, nadie puede desafiarla ni decir que no puede hacerla, puesto que cada persona nacemos con una misión, no importa de la misión que se trate. Antes de engendrarnos en el vientre de la madre se queda acordado, es una decisión qué se toma antes de nacer.

Desde que era muy pequeña recibía visitas de ángeles, y me pusieron al corriente de lo que iba a ser mi vida cuando fuera mayor. Me mostraron en visión lo que fui en mi vida anterior. Siendo niña sabía que un día dejaría a mis padres.

Cuándo el creador hace una cosa la hace bien. En todas las reencarnaciones que he tenido, he nacido en casa de unos padres místicos, tenía que ser de esa manera para que comprendieran el por qué un día tenía que dejarlos. Sí yo hubiera nacido

de unos padres no creyentes, me hubieran hecho la vida imposible y es posible, que yo también a ellos.

La noche que él ser bondadoso vino a buscarme, ya hacía tiempo que lo estaba esperando. Nunca se sabe cuándo Dios viene, sólo cuando él quiere.

La noche que salí de casa llevaba lo puesto, un vestido de invierno. Dos ángeles me estaban esperando, pusieron sobre mis hombros una capa forrada de lana gruesa, por encima era de raso color rosa con capucha, no tenía frío. En los pies me pusieron calzado adecuado para la lluvia y para andar cómoda. Me dejaron en una pequeña ciudad, allí me las tenía que valer por mí misma, pero si me encontraba con alguien desagradable y que al ver que yo era una mujer joven y bella y sé pasaba, pronto venían y me llevaban a otro lugar.

Llegué a una casa, era grande, la impresión que me dio era que se trataba de gente adinerada. Llamé a la puerta, un hombre de mediana edad abrió. Las facciones de su cara eran duras, daba miedo aunque yo no lo tenía, iba escoltada por mis ángeles y sabía que me sacarían de cualquier cosa

Con rapidez, este hombre de voz recia, me preguntó.

-¿Qué quieres?.

-Pido algo para comer, un poco de comida- dije.

Él me miró de la cabeza a los pies y dijo.

-No creo que carezcas de nada, no tienes cara de pasar hambre, y no vas mal vestida. Llama en otra puerta.

Bajé el escalón de la puerta para irme, oí la voz de mujer que preguntó.

-¿Quién ha llamado?.

-¡Una joven pidiendo para comer!- respondió el marido.

La mujer salió hasta la puerta, me miró de arriba abajo y después me dijo.

-Entra, que voy darte algo para que comas.

Entré detrás de ella hasta la cocina. El marido nos seguía con cara de mal humor. Ella estaba sacando de la despensa alimento para darme, el marido empezó a discutir con ella muy enfadado.

-¡No tienes que darle nada, es joven y puede

trabajar!- decía a gritos dentro de la despensa.

Yo no quería que entre ellos hubiera discordia por culpa mía, salí de la casa sin hacer ruido.

Llevaba cincuenta metros andados y oí una voz que me llamaba.

-¡Eh jovencita!.

Me di la vuelta y vi que se trataba de la dueña de la casa donde había estado. Venía a paso ligero, me traía comida envuelta en una servilleta, al tiempo que me la daba dijo.

-Perdona a mi marido, siempre está de mal humor, antes no era así, tenía un carácter amable y servicial, su cambio fue al morir nuestra única hija hace seis meses, ella tenía tu edad.

Miré hacia la casa, en la puerta estaba el marido viéndonos hablar. Necesitaba tanto él como ella mi ayuda. Le pregunté a ella.

-¿Puedo ir a su casa para hablar con su marido?.

-Cómo quieras, pero de nada va a servir. Hace tiempo que no habla con nadie, le molesta la conversación de la gente, incluso la mía.

-Me gustaría probar y dialogar aunque sea poco con él- dije.

La mujer accedió, las dos fuimos hasta su casa. El marido al vernos se metió en la casa.

Cuando entramos él se había encerrado en su habitación. Su mujer lo llamó tres veces para que saliera. Le hizo caso y salió con el ceño fruncido.

Me miraba con agresividad, también miraba de la misma manera a su mujer. Sin decir nada fue a sentarse junto a la chimenea de espaldas a nosotras para que no le habláramos. Su mujer y yo nos sentamos a su lado él, nos observaba con la mirada casi baja.

Yo sentía dentro de mi pecho la paz y el amor del creador. Me incliné hacia el hombre y le dije.

-Hermano, no dejes que el tormento se apodere de tu corazón, y aún más de tu alma. El creador es todo poderoso y su bondad no tiene límites. Sólo él sabe por qué se ha ido tu hija. Todos al nacer tenemos un día y una hora para regresar, la hora de vuestra hija había llegado.

Por las mejillas de este hombre caían lágrimas, lloraba en silencio. Me miró y me dijo con voz ronca.

-Tú no sabes nada del dolor que sienten los padres cuándo pierden a una hija o a un hijo.

-Hermano, en eso te equivocas. Conozco de muy cerca cómo es ese dolor, ahora es el momento para que busques junto a tu mujer a dios él, os está esperando con los brazos abiertos para bendeciros y daros su paz y su amor- dije.

Él me miraba muy serio, dijo.

-Dios, no nos quiere, si nos quisiera habría dejado a nuestra hija con nosotros ¿Para qué la quiere él?.

-Para que la busquéis en el amor del creador, haciéndolo de esta manera vais a ser felices a la pregunta que me has hecho. No dejes que la ceguera no te deje ver, ¿Te has fijado la distancia que hay de la llama de la chimenea y de ti? Pues más cerca está dios, siempre está delante de nuestros ojos.

Me di la vuelta para mirar a su esposa, ella

estaba llorando. Posó su cabeza en mi hombro y rompió en sollozos. Yo la rodeé con mis brazos y le di calor. Le dije.

-Dejar de sufrir, no sólo vosotros habéis perdido a una hija, hay muchos padres en la tierra que están en la misma situación. Dios los da y los quita cuando quiere que vuelvan a él. El tiempo que estuvo con vosotros fue un regalo, tenéis que ser agradecidos y darle las gracias.

Él y ella me miraban tristes y sin entender mis palabras. Yo me hacía cargo, eran humanos y normal que no entendieran. Ella me dijo.

-Yo quiero ser feliz pero sabiendo que mi hija también lo es.

-Es justo lo que dices- dije- Figuraros un campo repleto de flores y un sol radiante. Una jovencita está en ese campo cogiendo de las más bellas flores ¿Pensáis que ella no es feliz?.

El matrimonio se miraron, después a mí, habían dejado de llorar. Ella me preguntó.

-¿Por qué nos hablas de esa manera? ¡Nosotros no entendemos qué quieres decir! ¡Somos gente

sencilla que busca el bienestar de su familia! ¿Qué edad tienes para que sepas estas cosas?.

-Tengo veinte años y hace tres que dejé a mis padres por voluntad divina. Yo soy hija única, mis padres nunca más me volverán a ver, ellos lo saben y se resignan. Son místicos, no han dejado de creer en dios y en su creación. Han recibido muchos regalos por parte de los ángeles, regalos que ustedes no entenderían si yo se lo dijera. Ellos sufrieron mucho la noche que me vieron partir. Yo me fui con el corazón roto de verlos llorar los dos abrazados, pero también quiero decirles que me sentía y me sigo sintiendo la más feliz de las mujeres de toda la tierra llevando la palabra del creador por todos sitios.

El matrimonio se miró, yo entendía qué comprendieron su situación, estaban pasando por lo mismo que mis padres. Ella me preguntó.

-¿Saben tus padres dónde estás ahora?.

- No, ellos saben que voy de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo. Pienso mucho en ellos y la noche que me quedo a descansar en el lugar que

me toca, puedo verlos y hablo con ellos, aunque no me vean ni me oigan yo sé cómo están. Los dos gozan de buena salud, siempre estuvieron muy unidos pero ahora lo están más.

El matrimonio me miraba un poco asombrados por lo que yo les dije.

Era hora de comer él, dijo a su mujer.

-Quiero que se quede con nosotros y comparta nuestra comida.

Ella se metió en la cocina y se puso a guisar. Los tres comimos juntos. Comí agusto pero bajo la mirada del matrimonio que me observaba viendo de la manera que yo comía, lo hacía despacio y con pausas. Ellos estaban contentos que yo estuviera en su casa. Él me preguntó.

-Muchacha ¿Cómo te llamas?.

-Mi nombre es María- dije.

Él se dirigió a su esposa y le dijo.

-Prepara una habitación para María, ya es tarde, se quedará a dormir aquí.

La habitación era confortable, dormí toda la noche de un tirón.

A la mañana siguiente me levanté temprano cómo siempre. Me aseo, me vestí y bajé abajo, no había nadie, miré el reloj de pared, marcaba las siete. Entré en la cocina, estaba la mujer preparando los desayunos.

-¡buenos días!- dije.

-¡Buenos días!- respondió ella- ¿Has dormido bien?.

-Muy bien- respondí.

-Podías haberte quedado más tiempo en la cama, estamos en invierno y fuera hace mucho frio.

El marido se presentó en la cocina, me miró extrañado de verme levantada y vestida. Me dijo.

-Puedes quedarte los días que quieras. Mi mujer y yo hemos hablado de eso, tú compañía nos haría muy felices.

Comprendí que ellos querían que me quedara para reemplazar a su hija. Dije.

-Gracias por su amabilidad pero tengo que

continuar mi camino.

Desayunamos los tres. En la mesa ellos dos se miraban, querían retenerme a su lado. Me preparé para marcharme, ella se echó a lloras para que yo me quedara, me lo pedía en ruegos. Yo tenía gana salir de allí, era la primera vez en tres años que me sucedía eso. Me disponía a irme él, me cogió del brazo y me dijo.

-Quédate con nosotros, para ti será esta casa y todas las tierras que poseemos.

El matrimonio me estaba impidiendo la salida, ellos me retenían con buenas palabras, se estaban comportando cariñosos conmigo.

Noté otra mano que cogía la mía, miré, era un ángel que estaba sacándome de allí. El mismo ángel cogió la mano de este hombre y la quitó de mi brazo él, no se dio cuenta.

Cuándo me vi libre me despedí de ellos y les di las gracias por todo. El matrimonio no se dio cuenta de nada, sentí pena por ellos y por lo egoístas que eran, querían recuperar a su hija teniéndome a mí. Al salir por la puerta les dije.

-Recuerden el mensaje que les he dejado y busquen a dios, en él van a encontrar todas las salidas a sus dudas.

Ya lejos de esa casa dónde dejé el mensaje del creador, los dos ángeles que me acompañaban, se despidieron de mí y seguí yo sola el camino.

Llegué a una aldea era pequeña de pocos habitantes, la poca gente que vi iban vestidos de campesinos. Las pocas casas que habían estaban en dos calles sin empedrar. De dos casas salieron dos mujeres, me miraban con curiosidad y extrañadas de verme allí. Yo iba subiendo la cuesta hasta donde ellas estaban, al llegar las saludé, las dos respondieron a mi saludo amablemente. Una de ella me preguntó.

-Joven ¿Qué buscas en esta aldea?.

-Pido algo para comer- dije.

Una de ellas me invitó para que entrara en su casa. Ya dentro dijo que me sentara, me puso un plato de comida caliente. Ella y la otra mujer estaban sentadas cerca de mí. Una me preguntó.

-¿A dónde vas por aquí sola?.

-Llevo conmigo la palabra de dios, hablo de sus creación y de su reino- dije.

-Es extraño que una joven cómo tú vaya sin un acompañante, ¡Puede ocurrirte algo! Eres muy bonita.

-No puede sucederme nada, soy una obrera del creador.

Las dos mujeres me miraban con curiosidad.

Acabé de comer el plato de comida que la dueña de la casa me puso. Me preguntó.

-¿Quieres más?.

-No gracias, he comido suficiente, estaba muy bueno- dije- ¿Dónde está el resto de gente?.

-Trabajan en el campo, se van por la mañana y vuelven cuándo anochece.

Las dos mujeres me observaban la manera de vestir. La dueña de la casa me preguntó.

-¿Tienes sitio dónde dormir esta noche?.

-No, es preciso que me quede en algún lugar.

Las dos mujeres se ofrecieron para que me quedara en casa de una de ellas. Una me preguntó.

-¿Llevas dinero para comer en algún otro lugar?.

-No lo necesito, como cada día y duermo cada noche en una cama.

-¿Y si te ocurre algo?- dijo la dueña de la casa.

-No puede sucederme nada, soy una obrera del creador.

Las dos mujeres se encogieron de hombros extrañadas por lo que decía.

La gente volvía del campo. Las demás mujeres que eran pocas, se agruparon en la casa dónde yo estaba, preguntaron, quién era yo. La dueña dijo.

-Es una predicadora de dios. Quiere que nos reunamos todos para hablar de él.

La casa se llenó de gente, todos querían conocerme. Me llené de alegría al ver tanta gente humilde y de corazón bondadoso. Todos querían que fuera a dormir esa noche a casa de uno de ellos. Yo sabía que allí tenía qué quedarme

más tiempo, ellos realmente me necesitaban. Querían echarse a suerte en qué casa me iba a quedar. Les prometí que cada noche me quedaría en una casa distinta. Tenía que hablarles de dios y cuándo se habla de él, el tiempo no tiene límites.

Un hombre que estaba al lado de su vecino, le dijo en voz alta al otro.

-¿Te acuerdas cuándo te dije que este años íbamos a tener buena cosecha?.

-Sí lo recuerdo- respondió el vecino.

-Dios nos ha enviado a una mujer para que nos hable de él y al mismo tiempo nos va a dar buena cosecha.

Yo estaba en lo cierto, todos se lo merecían.

Esa noche no pude hablarles de dios, el tiempo se fue volando, todos querían preguntarme cosas y saber de dónde venía y dónde me dirigía. Todos eran muy buenas personas. Tuvieron que irse porque al día siguiente tenían que levantarse temprano para salir al campo. Esa noche me quedé en la casa que había llegado, de esa manera se

Pactó para que todos estuvieran contentos. Me pidieron que necesitaban que alguien les hablara del creador y de su reino, allí no había nadie que lo hiciera. Todos se dedicaban al trabajo laboral del campo.

Me iba a quedar allí unos días. Cada familia me invitaron a que me quedara tres días en casa de una, otra cuatro días, otra dos días. De esa manera iban subiendo y bajando días, cada uno lo que podía hacer. Era mucho tiempo ese, yo sólo podía quedarme unos días, les dije una noche en casa de una familia. Cada día les hablaría de dios y también de la madre naturaleza, van juntos. Después me retiraría a un lugar tranquilo para descansar.

El trabajo que se hace para el creador requiere mucho esfuerzo mental y también físico. Mientras se habla del universo, del creador y de su creación la madre naturaleza, se desgastan energías, por la razón de los que están escuchando, sus pensamientos van dirigidos al que habla, unos son positivos y otros negativos, eso lo recoge el que está hablando de dios, y deja mucho cansancio.

La primera noche empecé en la casa que me iba a quedar a dormir. Entre todos eran treinta

personas contando a los niños. Cada uno se trajo una silla, yo estaba sentada en otra de cara a ellos.

Empecé preguntando.

-¿Qué sabéis sobre dios?.

-Sólo lo que nuestros padres nos han dicho- dijo uno de los hombres- Aquí no viene nadie hablarnos de él.

-¿Qué os han dicho vuestros padres?- pregunté.

-Qué dios lleva también el nombre de Jesús- contestó el mismo de antes.

-En muchos sitios creen que es así, pero no. Jesús es el hijo de dios, el nombre de dios o del creador no se conoce, sería imposible para los humanos pronunciarlo.

Señalé a uno de los hombres que había y le pregunté.

-¿Amas a dios?.

Él se encogió de hombros y dijo.

-¡No he pensado en eso ! ¡Cómo no lo he visto no puedo amarlo!.

-¿Amas a tus tierras?- le pregunté.

-¡Por supuesto, son mías!.

-A dios debéis amarlo más que a vuestras tierras él, os las dio y él os las puede quitar, porque son suyas. Estáis amando algo que es de dios y de la madre naturaleza.

Una mujer se levantó y dijo.

-Está bien lo que dices pero pienso que tendríamos que verlo para amarlo.

Miré a todos y les dije.

-Cada día que salís al campo lo estáis viendo él, os saluda con sus rayos de sol, con su lluvia, con su viento y con su tierra. Cada día os enseña para que veáis cómo crecen las simientes y se hacen grandes, cómo crecen las flores hasta que se hacen fuertes y se abren. Todos los que estáis viviendo y trabajando en el campo, lo estáis viendo. ¿Alguno podéis decirme cómo llegó a vuestras manos la primera semilla que sembrasteis?.

Todos se miraron y se encogieron de hombros.

-Nuestros padres ya la tenían- dijo un hombre.

-¿Quién se las dio a tus padres?- pregunté.

-Supongo que los padres de ellos- respondió con naturalidad.

-¿Alguno de vosotros podéis decirme cómo llegaron todas las semillas a la tierra para el alimento de las personas y de los animales?.

Todos se miraron y negaron.

Una niña de aproximadamente doce años se levantó y me preguntó.

-Dime dónde puedo encontrar a dios, quiero conocerlo.

La miré y le eché una sonrisa, le dije.

-El sol es parte de dios, cada día os levantáis con él. Los árboles, las flores, las montañas, el mar, los ríos, incluso las nubes son parte de dios. Cuando sembráis una semilla en la tierra, es dios que la hace crecer. Nos alimentamos cada día de la fuerza del creador. En primavera salen de paseo las mariposas, también es dios. Aquí tenéis muchos pájaros y aves de diferentes especies, también es dios. La persona que no lo ve, es porque no quiere.

-Hay hombres de aquí que matan pájaros y otros animales- dijo la niña.

Ellos agacharon la cabeza. Yo les pregunté.

-¿Matais pájaros para vuestro alimento?.

-No, los matamos porque se comen el grano del trigo y el de la cebada- dijo un hombre.

Miré a todos y les dije.

-Los pájaros son criaturas de dios, ellos se tienen que alimentar igual que todos vosotros- dije.

-Tienen otras semillas ¿Por qué no van a las flores?- respondió el hombre.

-¿Alguno de vosotros come cada día lo mismo?.

Todos negaron sin responder.

-A los pájaros también les gusta cambiar y ha todos los animales, no creáis que son muy diferentes al ser humano.

-Yo maté a una serpiente- dijo una mujer- Hice bien ¿Verdad?.

-No, esos animales están en la tierra por voluntad del creador y de la madre naturaleza- dije.

-Las serpientes son malas- dijo un hombre- Mi madre me decía que una serpiente metió ideas malas en la mente de Eva para seducir y hacer daño a Adán y al mundo.

-Nada de eso es cierto- dije- La historia tendría que leerse bien. Adán tuvo varias mujeres, la primera era muy mala y muy embaucadora con él, fue Adán que le puso el apodo de serpiente. Es de ahí de dónde viene lo que han escrito, han llamado a la serpiente un bicho malo. A las serpientes no les gusta estar con los humanos, cuando ven a alguien se escabullen y se van para otro lado, vosotros hacer lo mismo.

Esa noche por ser la primera que allí hablaba del creador, se nos hizo tarde. Les dije a todos los presentes que ya había bastante, al día siguiente salían al campo a trabajar. Antes que se fueran les recordé.

-Meditar en todo lo que os he dicho y pensar que dios está en todos lados.

Me puse de pie, ellos también lo hicieron y nos despedimos hasta la noche siguiente.

Esa noche apenas pude dormir. Pensaba en toda esa gente de la manera que me acogieron y me escucharon.

A la noche siguiente se reunieron todos en la casa que me iba a quedar a dormir. Vinieron a saludarme y seguidamente se sentaron en sillas que cada uno llevaba. Eran formidables, venían cansados de trabajar todo el día en el campo, llegaban a sus casas, se lavaban y se cambiaban de ropa, iban contentos y alegres para oír hablar del creador.

Miré uno a uno con sonrisa. Empecé diciendo.

-Esta aldea es pequeña, ¿Pensáis que por eso dios no se acuerda de todos vosotros?.

La niña que habló la noche anterior dijo.

-No pensamos eso, por lo menos yo. Si dios no se acordara de nosotros, no te habría enviado aquí.

Yo la miré largo rato antes de responder. Sólo era una niña, tenía la inteligencia de tres personas juntas. Le pregunté.

-¿Cómo te llamas?.

-Teresa- respondió ella.

-Mi pequeña teresa- dije- Eres inteligente, estoy segura, cuando seas más grande hablarás del creador, irás dejando su semilla por donde pases. Él da inteligencia a la persona que nace para llevar su palabra, sin ese conocimiento es imposible dejar las semillas del creador en la mente de otras personas.

Todos los presentes tenían la mirada puesta en Teresa. Ella me miraba radiante de felicidad.

-¿Quién son tus padres?- le pregunté.

Se pusieron de pie los dueños de esa casa, el padre dijo con cara sonriente.

-Somos nosotros. Esta noche duermes aquí.

-Dios es amor- les dije- Jesús también es amor, la madre naturaleza es amor, ella cuida de todas sus criaturas que creó con el creador. Es mucho amor que llevan con ellos. Ese amor es una esfera dorada, va buscando en qué corazón puede entrar y cuándo encuentra en las personas adecuadas, sienten en su pecho la llama ardiente del amor y, nunca más pueden separarse de ese fluido amoroso que inunda todo su ser.

Una mujer que estaba cerca de mí me preguntó.

-Esa esfera dorada que dices ¿Se ve? ¿Podemos verla?.

-No se ve pero se siente cuándo entra en el pecho de alguien. La persona cambia, después no es la misma . Quién la ha conocido se da cuenta del cambio, pero no sabe por qué ha sido. Sólo lo sabe la persona que ha recibido esa esfera de amor. Después ama al ser humano, a los animales, a la vegetación y a todo lo creado.

Mi mirada la puse en todos los presentes, vi que estaban cansados, habían trabajado todo el día, les dije.

-Por esta noche hemos terminado.

Esa noche me quedé en casa de Teresa, estaba muy contenta que me quedara allí y cerca de ella. Era hija única y muy cariñosa, le ayudaba a su madre en las tareas de la casa.

Había un profesor un hombre mayor de un pueblo cercano que iba dos días por semana a enseñarles a leer y escribir.

Sólo hacía diez minutos que me había metido

en la habitación y llamaron a la puerta. Abrí, era Teresa. Estaba sonriente, me dijo.

-Quiero hablar a solas contigo.

Entró y cerré la puerta, nos sentamos en el borde de la cama. Le pregunté.

-¿De qué quieres que hablemos?.

-Llévame contigo, quiero ir dónde tú vayas.

Posé mis manos en su cabeza y la estuve acariciando, le di un beso en la frente y le dije.

-No puedes venir conmigo, este trabajo tengo que hacerlo yo sola. Voy por caminos difíciles que tú ahora no puedes hacer, eres una niña.

Mi vista se fue a poner en la ventana de la habitación, allí está mirándome mi ángel favorito, el que me enseñaba canciones cuándo yo era pequeña y jugaba conmigo. Los dos nos saludamos con una sonrisa él, asintió mirando a Teresa. Comprendí qué quiso decirme y pensé - ¡Pobrecita Teresa! ¿Si ella supiera que mi ángel favorito la va a entrenar para andar el camino? ¿Para ir hablando del creador? ¡Cuánta felicidad le esperaba!.

Teresa no se dio cuenta lo que sucedió en ese instante. Mi ángel favorito sabía cómo hacerlo para que ella no se asustara el día que lo viera, ella nunca había visto un ángel.

Yo tenía la cabeza de Teresa entre mis manos. La miré con una sonrisa y le pregunté.

-¿Te gustaría hacer cuando seas mayor lo mismo que yo hago?.

-Sí, pero no abra nadie para enseñarme, dentro de unos días te vas y yo me quedo aquí con mis padres, con las tareas de la casa y del campo- dijo con voz triste.

-¿Te gustaría que vinieran a enseñarte y prepararte para cuándo tengas edad de ir hablando del creador?.

-Esa sería mi gran ilusión, pero no abra nadie que me diga lo que tengo que hacer.

-Yo estoy segura que sí- le dije- Estos días que voy a estar aquí aprende todo lo que yo diga a todos. Un día vendrá un ser muy especial que te enseñará todo lo que debes saber para hablar del creador.

-¿Estás segura de lo que dices?.

-Sí. – contesté muy convencida.

-¿Para cuándo será eso?- preguntó muy contenta.

-Pronto, el día que menos te lo pienses.

-¡Háblame de ese ser tan especial!- pidió casi cómo un ruego.

-No puedo hacerlo, tu espera- dije- Ahora vete a dormir que ya es tarde. Haz un poco de meditación, eso te va a servir mucho y piensa en la esfera dorada de la que he hablado esta noche. Estoy segura que ya ha entrado en ti.

Teresa asintió al tiempo que cruzaba las manos y las posaba en su pecho. Seguidamente le di un beso en la mejilla y se fue.

Esa noche tampoco pude dormir bien pensando en la niña Teresa. Mi ángel preferido la iría preparando hasta que ella se diera cuenta que lo tenía a su lado.

A la noche siguiente estaba en otra casa, esa noche fue maravillosa. Todos llegaron con sus sillas

y se sentaron sin antes saludarme, me impresionó mucho ver a niños y niñas que venían por primera vez, traían con ellos un animalito en brazos. Tres niños llevaban un cachorrillo de perro, dos niñas tenían dos gatitos pequeños, dos niños más dos tortolitas que acariciaban. Teresa traía un gorrioncillo, le daba besitos en su diminuta cabecita.

Los padres de los niños se acercaron a mí para disculparse, uno de ellos me dijo.

-Perdona por esto que ocurre con los niños y niñas, no hemos podido quitarles los animalitos para venir aquí.

Le sonreí diciendo.

-Los animales son parte de la creación al igual que somos todos nosotros.

Un hombre se puso de pie y dijo.

-Todos pensamos que los animales no pertenecen al mismo dios que nosotros, y que no deben estar en un acto como este, ¿Qué nos dices a esto?.

-Digo que vuestros pensamientos os está

engañando si pensáis que vosotros podéis estar aquí y los animalitos no.

-Ellos no entienden de qué se habla, no creen en dios, su capacidad mental no da para eso- dijo el mismo hombre.

-¿Por qué estás tan seguro?- pregunté.

-Ellos no hablan ni nos entienden.

-¿Has estado dentro de la mente de un animal?- pregunté.

Todos se rieron a la vez, él trataba disimular la risa. No hizo ninguna pregunta más y se sentó. Yo me acerqué a los niños y niñas que llevaban animalitos, los estuve acariciando y besando. Volví a mi asiento, me dirigí a todos, les dije.

-Me voy a ir contenta de aquí, la semilla del creador la he sembrado, estoy muy satisfecha.

Miré a Teresa, ella tenía los ojos puestos en mí, le dije.

-Acércate.

Teresa se aproximó con su gorrión entre

sus manos, la puse delante de mí y dirigiéndome a todos los presentes dije.

-Cuando yo me vaya no quedaos tristes. Él creador a dejado aquí a Teresa para que me sustituya en todas sus tareas divinas y en todas sus obras. Ahora es una niña pero de aquí a poco la van a instruir para que haga este trabajo maravilloso. Cuando ella empiece hablaros de dios, es porque le han dado permiso para hacerlo.

Los padres de Teresa estaban extrañados al igual que los otros de oírme decir eso. La madre de la niña Teresa, se levantó y me dijo.

-Nuestra hija apenas sabe leer ni escribir al igual que todos nosotros, ¿Cómo va hacer para hablarnos de dios?.

-Para hablar de dios o del creador, no se necesitan estudios, la información que se tiene es divina. Quién estudie para hablar de dios y de sus creación, no dice la verdad, sólo habla de lo que ha estudiado en los libros, de lo que otros han escrito. El creador quiere a la persona limpia por dentro él, mete sus palabras en la mente y en la boca de la persona que va hablar de él, y de todos sus hechos

Y actos. Sin que la persona se dé cuenta, hace un pacto con el creador. En ese momento la persona no se puede parar y por su boca salen las palabras adecuadas que tiene que decir. El amor del creador es muy grande y siempre estará colmando de amor a la persona que ha elegido.

Esa noche al terminar, les anuncié que dos días después me iba de allí. Todos se pusieron tristes, no podía quedarme por más tiempo, después iría a descansar a dónde dijeran los dos ángeles que me acompañaban, eran ellos que buscaban el lugar.

La última noche que me quedaba para estar allí, todas las mujeres hicieron una gran cena para cenar todos juntos. Ellos hacían sus propios vinos, sacaron los mejores que tenían para esa noche tan especial. Cada familia me traía algo bueno que había hecho para mí, era comida para que me la llevara, con gran pena les dije que no podía llevarme nada, y que mi camino era seguir andando sin llevar ningún peso en cima.

A la mañana siguiente, mi sorpresa fue grande al

ver que ninguno de ellos había salido al campo a trabajar. Estaban esperándome para despedirse de mí. La niña Teresa lloraba abrazada a mi cintura, ella pedía que me quedara para enseñarla a conocer los deseos de dios. Le dije.

-Pronto te los darán, ahora sigue como estás hasta que llegue la hora, no seas impaciente y espera.

Los dos ángeles que me acompañaban, me esperaban al final del camino. Ellos eran muy pacientes, yo los veía con sonrisa y asintiendo para que tuviera tiempo de despedirme de todos. Yo tenía las mejillas húmedas por las lágrimas que caían. Era duro para mí despedirme de toda aquella gente noble y buena y, sobre todo nunca podría olvidar a Teresa, a ella le esperaba un caminar bello y difícil a la vez.

Todos vinieron a despedirme hasta la mitad del camino. sé quedaron viendo cómo me alejaba. Yo continué andando hasta llegar a dónde me esperaban mis dos ángeles sonrientes.

De nuevo estaba en el campo dispuesta a ir dónde ellos me dejaran. Al llegar a ellos uno me dijo.

-Mi amada María, esta vez has trabajado muy bien y has hecho una nueva obrera para el creador.

-¿Crees que he sido yo?- le pregunté.

-Por supuesto, aunque Teresa ya estaba predestinada para serlo pero has sido tú quién has puesto la semilla para que crezca antes.

Yo andaba al lado de mis dos ángeles muy contenta. Parecía una niña saltando y bailando con ellos al tiempo que íbamos cantando una canción.

Esta vez mis ángeles me dejaron en un lugar cerca del mar. Todo era muy tranquilo, cuándo hubiera descansado volvería de nuevo a ciudades, pueblos y aldeas para dejar la palabra y obra del creador.

A menudo veía a mis padres por mediación de los dos ángeles que iban conmigo. Me quedaba tranquila al verlos que estaban bien y que de nada les faltaba. A mi amigo de la infancia, también

dejaron que lo viera, se había casado con una joven muy hermosa, tenían un niño muy guapo con el semblante parecido a él. Yo era feliz de ver que a los que yo amaba y me amaban también, eran felices.

Cuándo sea viejecita, volverían a dejarme en un lugar seguro con gente buena cómo mis padres.

Ahora ando el camino junto a mis dos ángeles para que no me suceda nada. Cuándo me encuentro con gente que no conozco, sé que ellos están muy cerca de mí para sacarme de algún problema que me pueda encontrar.

Dejaré otra vez mis cenizas en la tierra para que den fruto y vuelva a nacer de nuevo.

Cuándo el creador me lleva con él, me colma de amor porque sabe que en la tierra me lo he ganado.

CLARA EISMAN PATÓN